



Enseñanzas Alternativas



ENSEÑANZAS DE TERESA DE JESÚS

—Buscando luces en un mundo sombrío—

Javier Iraola

Enseñanzas Alternativas:

C1 El Eneagrama

C2 Flores de Bach

C3 276 Remedios Naturales

C4 Dióxido de Cloro. Comentarios.

C5 Enseñanzas de Teresa de Jesús

disponibles gratuitamente en:

<http://elbazardejavier.es>

Título: «ENSEÑANZAS DE TERESA DE JESÚS»

Serie:: ENSEÑANZAS ALTERNATIVAS

Autor: Javier Iraola Galarraga

Contacto: javieriraola@msn.com

www.elbazardejavier.es

Edición: Valencia, 2024

Reservados todos los derechos. Autorización para reproducción total o parcial citando la fuente.

CONTENIDO:

Pág. 5: Prólogo.

Pág. 7: Buscando luces en un mundo sombrío.

Pág. 11: El entorno vital de Teresa de Jesús fue muy difícil y revuelto.

Pág. 16: Las Moradas o El Castillo Interior: Una alternativa de búsqueda.

Pág. 20: Como era de esperar, las dificultades que preveía muy pronto se hacen visibles.

Pág. 26: Yo también sé de una persona que ...

Pág. 29: Inseguridad y temor: combinación que no ha fallado nunca a lo largo de la historia.

Pág. 33: ¡Válgame Dios en lo que me he metido!

Pág. 37: Un puente que uno dos mundos.

Pág. 39: Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa así.

Pág. 46: El amor al prójimo: la gran verdad.

Pág. 58: ¿Seguimos o lo dejamos?

Pág. 62: Teresa de Jesús la terapeuta.

Pág. 75: Recorriendo la última etapa del viaje.

Pág. 78: Bueno, ¿y al final qué?

Pág. 89: Epílogo

PRÓLOGO

¿Por qué tener la osadía de escribir sobre las enseñanzas de Teresa de Jesús, por parte de una persona agnóstica como yo? ¿Qué puede aportar mi análisis particular detallado sobre su libro *Las Moradas* o *El Castillo Interior* a sus sabias reflexiones? ¿Por qué leerme a mí y no directamente a ella que sería lo propio y lo sensato?

Siento mucho respeto y una gran admiración por ella y es una figura que siempre me ha caído muy bien, al mismo tiempo que me ha resultado muy atractiva —diría que hasta simpática—, por su inmensa capacidad para conjugar simultáneamente verbos tan difíciles como «actuar y orar», demostrando que, siendo una mujer mística, lejos de vivir en éxtasis permanente supo tener los pies en la tierra y pelear por lo que consideraba su misión en este mundo, con una fuerza, perseverancia, claridad y eficacia incontenibles.

Hoy, como entonces, también se necesita mucha fortaleza interior para mantener el rumbo personal inalterable entre tanta tormenta, logrando que las convicciones personales no cedan ante el dominio de la perversión organizada, e intuyo que es una buena idea buscar y rebuscar la luz del entendimiento entre sus escritos, puesto que, aún siendo místicos, son mucho más terrenales de lo que se puede pensar a priori. De ahí que inicie mi proceso de revisión con una clara intención de íntima reflexión personal, como razón primera, pero ofreciendo mis reflexiones de manera abierta a aquellas personas que tienen una posición de búsqueda similar a la mía.

Ayudar a hacer más accesibles sus enseñanzas requiere primero comprenderlas muy bien y luego tener el acierto de extrapolarlas y proyectarlas —si hay suerte— a la situación actual del mundo en el año 2024 y, puesto que esas enseñanzas están redactadas en un castellano antiguo, el solo hecho de facilitar la asimilación de sus textos de manera más fluida ya puede ser una buena ayuda para otras personas, además de para mí mismo. Teniendo muy presente, además, que se trata de bucear entre sus escritos con intención humanística —y no religiosa—, sabiendo, eso sí, que el camino propuesto en ellos implica realizar un viaje interior hacia el centro del alma —al yo profundo—, lo que significa trabajar con la inevitable espiritualidad humana.

En particular, hay que agradecerle a Teresa de Jesús que ella misma facilite tanto la tarea de estudiarla, puesto que sus escritos, además de ofrecer la intensidad de sus experiencias personales, exponen la repetición continuada de unos pocos mensajes, muy claros y contundentes, para que calen en lo profundo de la persona que le escucha, sin dejarle duda alguna. Ella procede a contar sus verdades, lo que le ha ocurrido a lo largo de su vida mística, y que cada cual aproveche la experiencia como mejor pueda y sepa.

En muchos sentidos, el documento de Las Moradas o El Castillo Interior es excepcional, y tiene la enorme ventaja de que Teresa de Jesús lo escribe cerca del final de su vida —de hecho desde cuando lo terminó hasta su muerte transcurrieron cinco años—, habiéndole dado tiempo a pasar todas sus experiencias místicas por el filtro de la «sereni-edad», lo que le posibilitará describir

un proceso completo de dedicación mística, desde el inicio hasta el final, con un profundo contenido de enseñanza. De modo que, la oportunidad de leerla es magnífica, siendo un verdadero placer salir a su encuentro. Aunque hayan pasado casi cuatrocientos cincuenta años.

BUSCANDO LUCES EN UN MUNDO SOMBRÍO

¿Qué deseo y espero encontrar entre sus enseñanzas? ¿Qué me conduce con insistencia hacia las páginas del libro: «Las Moradas o El Castillo Interior», cuando reconozco que ni soy una persona en absoluto creyente ni confiada en «pastores» eclesiásticos, en general? Aparte de abordar su lectura a una edad ya tardía de mi existencia (setenta y seis años), lo cual supongo que tendrá también algún significado. No lo sé muy bien.

En principio, siento una gran necesidad de encontrar luz en un mundo que se encuentra sumergido en las tinieblas y donde la confusión es, cada día que pasa, más fuerte. Quizás cuando termine de viajar por el contenido del libro encuentre lo que me llevó hasta él. Lo cierto es que me apetece cambiar mi primera hora de la mañana y, en lugar de comenzar mi jornada con la lectura de las noticias del día en Internet, que contribuyen a mi desesperanza y mi preocupación, espero llenarme de fuerza con los textos de una persona mística que, en el año de 1577, tomó papel y pluma escribiendo, durante cinco meses plenos de iluminación —aunque con muchas interrupciones, ajenas a su voluntad—, inolvidables páginas sobre la búsqueda interior y sobre la oración contemplativa.

Comparar y adaptar las enseñanzas escritas por Teresa de Jesús para sus hermanas de claustro, en una comunidad de monjas carmelitas en el siglo XVI, con las necesidades de una persona espiritual del 2024, pero desprovista de religiosidad práctica, se convierte en una aventura compleja, pero muy inspiradora y llena de motivación. Es muy probable que muchas personas piensen que hago gala de la osadía del ignorante. Me da igual. Si algo tengo aprendido de ella es a hacer el camino que uno cree que tiene que hacer, no esperar nada a cambio y confiar en que la energía de lo oculto aflore para llenar el espíritu de fortaleza. Ella solía preguntar en sus prácticas: ¿por qué yo, Dios mío?, y yo pregunto: ¿por qué yo no, Dios mío? Y creo que la respuesta para ambos será la misma que ofreció Dios a Teresa de Jesús al respecto: «No te metas en eso». Así que sigo adelante.

La tarea consistirá en descubrir las enseñanzas que se puedan aplicar al mundo de hoy, escondidas en su libro de «Las Moradas o El Castillo Interior», no con la pretensión de facilitar al ser humano el acceso al paraíso de un mañana incierto, sino tratando de prestarle ayuda para sobrevivir en los tiempos actuales de zozobra que le están tocando vivir aquí en la tierra, sin desestimar, para nada, la posibilidad de favorecer el encuentro con su propia divinidad interna.

Deseo indagar si la práctica del camino interior, tal y como Teresa de Jesús lo entendió en su tiempo, me pueden facilitar claves válidas para poder dar una buena respuesta personal adecuada en «mi» tiempo presente, cada vez más incierto, agresivo y oscuro, donde la constante desconfianza sobre las actuaciones y medidas

que se están proponiendo para mejorar los teóricos problemas del mundo, no hacen sino multiplicar la sensación de angustia y desánimo ante un futuro de evolución incierta y cuestionable.

Ante la realidad de una verdad que cada día cuesta más identificar y reconocer, la luz interior —el candil que nunca se apaga— resulta ser la manifestación de la conexión de una persona con su fuente auténtica de energía, fuente que se nutre de los pensamientos puros, de la práctica de los valores superiores, de la respiración consciente, de la integridad individual, de vivir en la compasión, de manifestar intenciones justas y nobles en sus actos, de la comunidad total con los principios espirituales o bien, según Teresa de Jesús, del contacto permanente con «Su Majestad, Dios» por medio de la oración, fuente de energía interior que la conducirá a la búsqueda y a la práctica de la verdad, aunque le condicione la propia vida.

Todos esos ingredientes, aderezados con una determinación y una voluntad resistentes contra vientos y tempestades, actuarán para que esa luz interior nunca se apague, pues de lo contrario el alma se perderá en la obscuridad de la noche teresiana, no llegando jamás a su destino. Reconozco que podía haber buscado otra clase de misticismo, por ejemplo el sufí o el budista o el hindú, pero tenía ganas de «entrarle» al libro de Las Moradas, escrito a una edad en la que Teresa de Jesús acumulaba ya prácticamente todo tipo de experiencias místicas, escribiendo desde el nivel de misticismo personal más alto alcanzable.

En el fondo, además, todo tipo de misticismo refleja grandes similitudes, puesto que tratan del intento del ser humano de conectar con su divinidad interna a través de un viaje interior que le acerque a su realidad última. De hecho, cuando se practica el misticismo —y tras de un prolongado proceso de trabajo personal constante y disciplinado—, se manifiestan fenómenos comunes como las visiones, los éxtasis, las levitaciones, las escuchas, las revelaciones, los viajes, generalmente todos ellos acompañados de una significativa suspensión de las potencias corporales, pero no del sentido interno, el cual, por el contrario, se ve fortalecido con una gran claridad del entendimiento de «asuntos muy elevados».

Es más, se produce una cierta repetición en los patrones que comparten los diferentes misticismos como: La dificultad para expresar con palabras entendibles los fenómenos experimentados; La necesidad radical de utilizar para su práctica la vía del contacto interior, es decir, sobre todo de la introspección y la quietud, pues se trata de «ir hacia adentro» y además en soledad; La necesidad de liberarse, sobre todo, del filtro mental por su capacidad para distorsionar la verdad y la realidad; La inevitabilidad de tener que practicar un proceso personal de búsqueda, que requiere de mucha disciplina y constancia; Por último, la conveniencia de contar para este viaje en solitario, con la experiencia y la sabiduría de una persona que guie en los momentos delicados.

Y, en mi caso, la elegí a ella conscientemente como «monitora» para mi experiencia conceptual con el misticismo cristiano.

EL ENTORNO VITAL DE TERESA DE JESÚS FUE MUY DIFÍCIL Y REVUELTO

Resulta muy interesante conocer el entorno y el momento que rodeaba a Teresa de Jesús a lo largo de sus años de acción fundacional de un convento tras otro, y es muy representativa de una situación que nos resulta muy familiar en nuestros tiempos.

Quien crea que su vida fue sencilla y facilona no la conoce bien. De naturaleza enfermiza, difamada, perseguida, prohibida, silenciada, confinada, casi excomulgada, vigilada, calificada como «peligrosa» por las autoridades eclesiásticas de la Inquisición —más conocida como La Santa Intransigencia—, llegando a retirar de la circulación algunas de sus obras más influyentes, como *El Libro de la Vida*, y sometiendo a censura constante sus afirmaciones e intervenciones.

¿Por qué sufrió Teresa de Jesús tan intensa persecución personal?

Porque ella no vendía alternativas agradables para la autoridad y el poder. Efectivamente, su fórmula para la vida eclesiástica consistía en: oración, ayuno, pobreza, silencio, humildad, austeridad, vida contemplativa y desprendimiento, cuestiones todas ellas que tienen, han tenido y tendrán muy poca afinidad y resonancia con las castas dirigentes eclesiásticas, sean del color que sean. De hecho, sus principales perseguidores fueron, cómo no, los de su propia congregación o comunidad que prefirieron adoptar lo que llamaron «normas mitigadas» —normas que desde su poder «ellos mismos habían mitigado»—, iniciando de esa forma otra controversia más,

a la que son tan aficionados los seres humanos, entre carmelitas «descalzos» y «calzados» —si bien más que descalzados lo que hicieron fue cambiar sus zapatos por alpargatas de cáñamo—.

Por supuesto que, en ese escenario, su vida no resultó nada fácil. El propio nuncio papal en España —un tal Filippo Sega— en el año de 1578, la tildaba de: «inquieta, andariega, desobediente y contumaz». Pero ella, afortunadamente, resistió calumnias, envidias y persecuciones con una fuerza incontenible. Creo que fue esa semejanza de su entorno vital con muchos aspectos de la situación que se vive casi cuatrocientos cincuenta años después —en la cual se está tratando de causar graves daños y de someter a los seres humanos, en todo el mundo, en base a decisiones totalitarias—, digo que creo que fue esa semejanza la que me llevó a tomar entre mis manos sus escritos, tratando de vislumbrar luces en las sombras y respuestas a mis inquietudes.

Es decir, que las primeras enseñanzas recibidas de Teresa de Jesús, me llegaban incluso antes de leer siquiera una sola línea de Las Moradas o El Castillo Interior, mediante el ejemplo de sus acciones y de su vida.

Reconozco que, en principio, de las cosas que menos me gustaba de su prólogo era que hablara del sometimiento a las autoridades eclesiásticas de su tiempo —la «santa iglesia católica romana»— por entender que si decía algo «que no vaya conforme a lo que tiene»— sería más bien producto de su ignorancia que de su mala idea. Y no me gustaba porque atentaba contra el principio sagrado de la defensa de la verdad —o de lo que cada

persona cree que es la verdad— en cualquier circunstancia, y en especial contra toda corrupción del poder establecido, aun teniendo que asumir por ello efectos y consecuencias muy perjudiciales, como de hecho ella estaba sufriendo, y hacerlo manteniendo la cabeza bien alta.

Sin embargo, al seguir observando cómo entre sus palabras y sus actos no había una correlación total, pues ella, en diciendo algo, era capaz, por el contrario, de seguir actuando guiada por sus firmes creencias y por «sus realidades» con total energía, pasara lo que pasara, comprendí entonces que con su «desobediencia activa» lo que intentaba era una posición, quizás algo cínica —hay que reconocerlo—, pero que no iba a consentir que le apartaran de su cometido las mentes equivocadas de sus «teóricos superiores» —¿quizás los sabios y los expertos de su tiempo?—, respondiendo sin desviaciones al fiel cumplimiento de su misión y de su cometido. De modo que pasé a convertir, con facilidad, la idea de una actitud desobediente activa criticable, hacia la ratificación como un modo de respuesta muy idóneo y efectivo frente a todo intento de sometimiento que pro venga de una autoridad desenfocada y desviada.

Cuando escribió sus enseñanzas, Teresa de Jesús tenía muy claro que se dirigía a personas —sus hermanas de comunidad— que no eran letradas ni formadas en demasía, por lo cual conocía que tenía que ser muy sencilla y directa, aún sabiendo que el tema de la «unión con Dios» puede que no resultara tan sencillo de explicar y simplificar. Para contrarrestar esa dificultad inicial, se lanzó a escribir su manuscrito personal, como una carta íntima, que se expresaba en el lenguaje de las

personas a las que iba dirigida, haciéndolo, además, en un tiempo verdaderamente corto, máxime teniendo en cuenta su estado de salud —en esos momentos muy precario—, sus múltiples responsabilidades y un estado de persecución eclesiástica que no le facilitaba la vida para nada. De hecho, esa larga carta manuscrita apenas recoge correcciones de su propia letra, es decir que rara vez se tuvo que volver hacia atrás para corregir o matizar algo, sino que, al contrario, manifiesta un período de gran claridad y concentración, que ella atribuía a una inspiración que era alimentada «desde arriba», a cargo del Espíritu Santo.

A nuestros días, ese manuscrito nos ha llegado con algunas correcciones y con una estructura organizada en capítulos e introducciones que no está claro que salieran de su pluma. Posiblemente fue Fray Luis de León —quien asumió la tarea de su publicación— o bien pudo ser también Juan de la Cruz —su entrañable compañero de aventuras místicas— o bien el Padre Gracián —que aparece en su vida en la época ya tardía, pero con gran carga emocional— los que intervinieran en sus escritos, pero tales prácticas me llevan a la reflexión general sobre la afición de los seres humanos por hacer puntualizaciones sobre las creaciones de otros: ¿por qué no dejar que los escritos de Teresa de Jesús fluyan tal y como ella los creó?, ¿por qué retocar nada? Bien está que se mejore la comprensión de un castellano antiguo, por ejemplo, pero nada más.

En mi caso asumí la tarea de leer «Las Moradas» como texto continuo, sin clasificaciones ni apartados, despacio y con calma, como un todo para no hurtar el fluir

y el sentido de lo escrito, y leerlo libremente sin aleccionamientos sobre cómo mirar sus enseñanzas. Disfrutando de una lectura reflexiva.

Entendía muy bien que la búsqueda de la propia divinidad interna se considerara metafóricamente como el acceso a un castillo, lleno de habitaciones y de estados o niveles, al que se accede mediante un complejo proceso de oración o meditación contemplativa limpia de intenciones que no sean otras que el deseado encuentro con «Su Majestad», en el centro o pieza principal del castillo. Y lo entendía bien porque, de alguna forma, el acceso a la propia esencia divina —«a su imagen y semejanza»— se debe entender como el viaje de descubrimiento que toda persona espiritual buscadora emprende para conectar dentro de sí con su condición de ser superior, con «ese algo» que percibe e intuye como esencial, más allá de su realidad corpórea, pero a lo que no puede acceder con su esfuerzo mental, y que ni tan siquiera puede definir bien. E, inclusive, entendía todavía mejor que le llamara La Morada, como lugar en el que se habita y se vive.

Ambos conceptos: «castillo y morada», reunían las cualidades básicas para entender correctamente el camino emprendido. Por una parte «El Castillo»: inexpugnable, sólido, defensivo, preparado para la lucha de la conquista, pero por la otra «La Morada»: entrañable, acogedora, apacible y tranquila, preparada para el retiro dónde tiene lugar la fusión y la unión del alma con su creador. Aunque también reconozco me despistaba un poco cuando la propia Teresa de Jesús, se refería a nuestra alma como «un castillo todo de diamante o muy

claro cristal», en donde se manifiesta más bien la idea de fragilidad que de gran fortaleza y resistencia.

LAS MORADAS O CASTILLO INTERIOR: UNA ALTERNATIVA DE BÚSQUEDA

Tengo que decir que he accedido a la lectura de Las Moradas o Castillo Interior como alternativa posterior al intento fallido de encontrar esas luces que buscaba en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento —o sea en la Biblia—. Reconozco que, después de un año largo de revisión —en especial del Antiguo Testamento—, me he llevado una gran decepción. Lejos han quedado los años de mi niñez ingenua que aceptaba con inocencia creencias insostenibles, pero hoy mis renovados intentos —partiendo de cero— no han superado un detallado y reposado análisis de los contenidos bíblicos.

En este sentido, he asistido totalmente atento e interesado a una fuerte lucha interna entre fe y razón, entre creencia y conocimiento, entre intuición y reflexión, entre revelación y experiencia, y especialmente entre verdad y mentira. Pero curiosamente, a pesar de esa decepción personal, mis deseos de encontrar una fuente estable para mi energía interior no se han visto alterados ni mermados en absoluto. Buscar una verdad potente que permita al ser humano mantenerse firme en sus convicciones, correcta y sabiamente adquiridas, frente al ataque de fuerzas malignas externas poderosas que intentan someterlo a sus normas injustas, a sus exigencias y a sus objetivos perversos, es vital.

Y, ¿por qué no me vale como soporte espiritual para sobrevivir en la nueva sociedad en transformación?

Sencillamente porque, desprovisto del ingrediente de la fe sin fisuras, el contenido del Antiguo y del Nuevo Testamento presenta tantas debilidades, ante un estudio objetivo e imparcial, que al final no sirve de referencia para proveer de sentido a la vida fuera del marco citado de la fe. Además de que la pretensión de contar con un gran apoyo e impulso hacia la creencia de la existencia de Dios y la promesa de un reino futuro queda un tanto defraudada.

En ese contexto se comprende que los principales esfuerzos de los «expertos» bíblicos cristianos, para evitar estas esperadas y lógicas decepciones, se dirijan a recomendar que no se debe contemplar a los libros sagrados desde la literalidad, sino que hay que estar constantemente echando mano de la visión alegórica y de la interpretación para dar otro sentido a los textos muy diferente de lo que allí está escrito.

De esa manera se evita hablar del Dios bíblico vengador y sanguinario, del Dios salvador de un pecado original inexistente, del mito de un único pueblo elegido, del cuestionamiento de un Dios único y universal, del verdadero origen histórico de los textos reconocidos como revelación, de las páginas y páginas repletas de normas y más normas del todo inaplicables, de las contradicciones permanentes en los mensajes transmitidos según la procedencia, de las propias falsedades narradas por sus escritores y traductores «con intención», y tantas cosas más.

Para nada es mi deseo en absoluto entablar una confrontación —aunque sea muy amigable— con aquellas

personas que defiendan la biblia con todo su entusiasmo, puesto que si lo hacen lo harán, estoy seguro, desde la perspectiva de una fe que admite y acepta la Revelación Divina como dictado de la escritura de sus textos. Pero en mi caso, para bien o para mal, no estoy dotado de la gracia de la fe, y el acceso a estas verdades me tiene que venir por la razón, el estudio, el conocimiento y la intuición —porqué no—, y no estoy por tanto en condiciones de comprenderles, careciendo por ello de sentido práctico cualquier confrontación.

Es más observo con envidia como las creencias religiosas son de una inmensa utilidad para encontrar en los acontecimientos más difíciles de la vida, tanto una justificación como una motivación para aguantar y apretar los dientes cuando las condiciones vitales son muy duras, manteniendo siempre la esperanza a tope. Y pienso que ojalá yo las tuviera.

Es una pena que Jesucristo no dejara nada escrito de su puño y letra. Nos hubiera aclarado un montón de dudas. Pero en fin no lo hizo, qué le vamos a hacer.

Cuando me cuestionaba volver mis ojos sobre la obra de Teresa de Jesús como alternativa, me preguntaba si era una buena idea iniciar un nuevo camino de búsqueda y confiar en encontrar en la vida interior, en el desarrollo espiritual, la fuerza y el poder de la esperanza que permitan no solamente sobrevivir en estos tiempos de crisis tan agudas, sino hasta mantener una vida digna y plena de esperanza. Me animaba el hecho de que ella contemplaba la relación del hombre con Dios, con el Bien Supremo, de una manera íntima y desprovista de

boato y de parafernalias, relación íntima que se produce como un hecho milagroso por la grandeza de una de las partes y la nimiedad de la otra, que si algo tiene, además, es por ser «imagen y semejanza» de lo superior.

De hecho, a Teresa de Jesús no le disgustaba nada utilizar palabras y frases fuertes y, en este sentido, no le tiembla la pluma cuando se refiere a los seres humanos como «gusanos llenos de mal olor», o cuando se refiere a la «bestialidad» que significa no aprovechar esa situación tan milagrosa de poder relacionarse «de tú a tú» con el mismo Dios, algo que carece de explicación coherente. O cuando reconoce que hay muchas almas que no saben diferenciar entre lo que significa estar y «estar», porque son «almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores» que no pueden tener acceso, tan siquiera, a la entrada en el castillo o, como mucho, a la partes bajas con muy pocas posibilidades de ver toda su belleza.

Y es tanto y tan extendido el egoísmo y el materialismo como propósito único de vida en la sociedad de nuestros días, que mucho me temo que el dominio de «almas enfermas» que no saben distinguir entre estar y «estar» es total, con la enorme transcendencia que ello tiene para el combate que se avecina.

En cualquier caso, la vía de Teresa de Jesús, como alternativa para que otras personas encuentren respuestas satisfactorias a sus inquietudes, tiene el fundamento de su propia experimentación, y se debe tener presente, en todo momento, que su libro es autobiográfico. Su gran misticismo se refleja en visiones e iluminacio-

nes que ella misma tuvo, favorecida por las gracias y las mercedes personales recibidas de su Señor, de modo que la persona que le lee se da cuenta de que está escuchando, de primera mano, las experiencias de alguien que tuvo el privilegio de estar en conexión y en unión con la verdad y con la energía pura.

Son sus experiencias y «sus claridades» las que intenta explicar con sencillez, para estimular el deseo de abrir el camino de búsqueda interior en otras personas, que sientan la llamada, sabiendo que es algo de muy difícil explicación. Por ello se vale de las metáforas como ayuda. Incluso se especula con que una posible condición personal de tipo epiléptico enfermizo pudo ser un factor de estimulación de su capacidad de visionar con tanto éxtasis y arrobamiento.

COMO ERA DE ESPERAR, LAS DIFICULTADES QUE PREVEÍA MUY PRONTO SE HACEN VISIBLES

Sabía bien, cuando comencé a leer el libro, que iban a ser muchas las cosas con las iba a tener serias dificultades, e indudablemente una de ellas era la existencia del pecado y sus consecuencias, materia que Teresa de Jesús desarrolla con notable profusión en sus primeras moradas, aunque justo es decirlo sin ningún toque «punitivo».

Son tantas las cuestiones no resueltas sobre el concepto del pecado que me falta la fe y las creencias necesarias que me permitirían viajar, confortablemente, sobre sus reflexiones en esta materia. Tanto es así, que siento muy poca afinidad con ella cuando se refiere a los «pecados esenciales», a saber: soberbia, avaricia, envi-

dia, ira, lujuria, gula o pereza, como «duro quebrantamiento de la ley divina» ya que, para mí se refieren, simplemente, a «condiciones humanas negativamente alteradas» que acompañan habitualmente a las personas en su existencia cotidiana, y contra las que, por supuesto, deben estar prevenidas atentamente, para no dejarse poseer ni desequilibrar por ellas, consiguiendo, de esa manera, asegurar un tránsito armonioso por la propia existencia y por la de los demás seres humanos.

¿Quiere esto decir que no concibo la posibilidad de realizar actos malos o perversos punibles? Claro que no. Sin embargo, las verdaderas transgresiones o atentados que el ser humano comete con mucha cotidianidad, que son los verdaderamente punibles, son aquellos que se cometen contra otros seres humanos al transgredir la ley natural y no la ley divina, aunque bien mirado ley natural y ley divina no pueden ser más confluyentes en muchos aspectos —como no podía ser de otra manera—.

Eso sí, no me resulta sencillo imaginar el alma humana como «negra y maloliente» por efecto del pecado mortal, pero comprendo perfectamente que la responsabilidad de aquellas personas que están cometiendo actos malignos contra otros seres humanos vulnerando la ley natural, de una u otra manera, estas personas deben ser castigadas.

Y en la época actual, en los momentos que vivimos, especialmente desde el año 2000 hasta los corrientes —2024 cuando escribo estas páginas— los ejemplos de transgresiones organizadas y mal intencionadas contra «la humanidad corriente» son muy numerosos y muy

graves —lo que equivaldría, bien seguro, con un pecado mortal de los gordos—. Estos pecados contra la humanidad no es que vayan solamente a impedir el tráfico entre las moradas teresianas, sino que son merecedoras de un gran castigo, acorde con la magnitud de la perversión, aunque, muy probablemente, quedan o quedarán sin el adecuado castigo.

Es entonces cuando, con el máximo deseo, los seres humanos agraviados necesitan creer que todo delito —en especial los graves— serán castigados bien en esta vida, de una o mil maneras, o bien en «algún otro lugar», que puede ser desde el ansiado cielo hasta una nueva vida plena de sufrimiento. Ese deseo de justicia, de cualquier modo, seguramente quedará insatisfecho, pero lo que es seguro es que, con el enfoque teresiano, no habrá lugar para gente así en moradas superiores y vivirán estancados con las bestias y los animales en los alrededores del castillo. Aunque a esas personas eso les importe un comino.

También me cuesta comprender la idea de que una persona, por el hecho de tener que vivir la vida con el máximo de humildad —que nunca será la bastante—, deba seguir el siguiente credo: «de lo malo que hago o que omito soy el responsable, pero de lo bueno no soy dueño porque viene precedido del impulso divino». En efecto, una situación tan claramente desventajosa para el ser humano, respecto de sus actos, de su esfuerzo y de sus méritos, no me parece razonable.

Otra cosa bien diferente es que «las almas metidas en las cosas de este mundo: hacienda, honra, negocios...»,

tengan vedada o seriamente dificultada la progresión en su camino de crecimiento y de perfección o lo que es lo mismo en el camino que deben seguir hacia niveles de conciencia progresivos, algo con lo que resueno en total concordancia,

Hay que reconocer que una de las capacidades innatas más poderosas del ser humano es su deseo de prosperar, en muchísimos sentidos, para vivir mejor, lo que implica también la búsqueda del placer para tenerlo a su alcance de manera habitual. Por eso, si el camino interior, tal y como lo ve Teresa de Jesús no es placentero, de alguna manera, y se manifiesta como lucha y combate permanente —mensaje que se repite de manera reiterada en Las Moradas—, será muy difícil que ese camino sea el elegido por una altísima proporción de personas, que pudiendo entrar por sensibilidad y conciencia en su castillo interior, por el contrario, deciden no intentarlo para evitar fracasos y decepciones.

Ocurre, también, que la práctica de la vida diaria con valores superiores que respeten profundamente la Ley Natural como: el amor incondicional, la compasión, la justicia, la igualdad, la verdad, el respeto, el honor, la fidelidad, el perdón y tantos muchos más, se manifiesta como la genuina y auténtica muestra de amor al prójimo, lo que implica a su vez el cumplimiento pleno del principio sagrado del camino de la perfección personal, el cual culmina con la fusión con la entidad creadora superior.

¿Acaso alguna persona inteligente alberga la duda de que, en el caso de que el Cristianismo fuera la única

religión verdadera y la existencia del cielo una realidad, esas personas que han vivido la vida bajo la guía de los valores superiores, aunque sin mayores pretensiones «religiosas», disfrutarán de un puesto de privilegio allí, y que habrá, sin embargo, más de una sorpresa cuando se contemple cómo otras muchas candidatas serán rechazadas y excluidas?

Y le pregunto: ¿por qué necesariamente la práctica de la vida propia bajo las directrices de esos valores superiores no puede ser placentera en sí misma y tienen que ir, por el contrario, acompañada de lucha y combate con gran muestra de dolor y sufrimiento incluidos? ¿Por qué es necesario desanimar tanto el practicante para que inicie su proceso de camino interior con tantas advertencias de que emprende un viaje casi imposible, lo que no hace sino disuadirle, no sin cierta injusticia? ¿Por qué obligarle a que considere que cualquier placer tiene que tener fuente divina para que se califique como deseable?

Efectivamente, el escenario que ella tan bien describe en sus Moradas Segundas, y que debe guiar el trabajo personal es fácil de recordar: Perseverancia; Pocas o escasas compensaciones (cuando menos en los inicios); Buenos deseos; Muchas y constantes tentaciones del demonio; Mucha confianza ciega en el Maestro; Lucha y combate permanentes.

¿Es que lo ha visto tan claramente así en sus experiencias de éxtasis y contemplación, de modo que está en condiciones de asegurar que no hay otro camino?

Pienso que está bien eso de advertir de las dificultades, pero ¡caramba! no parece aconsejable excederse tanto. Espero que con esto no se me malinterprete, pues no quiero dar la sensación de que me gustaría escuchar solo aquellas consideraciones que describan un camino más fácil de lo que es realmente, y al fin y al cabo la persona que tuvo las experiencias místicas fue ella, con lo cual quiero decir que es a ella a la que hay que hacer todo el caso, sin ninguna duda,

Se pierde de vista con tanta frecuencia esta necesaria aplicación de los Principios Espirituales a la vida cotidiana —que es lo mismo que vivirla bajo el dictado de los valores superiores—, que hoy las sombras y el confu-sionismo lo impregnan casi todo, comenzando por el propio ejemplo y actuación de aquellos que deberían manejar el timón del amor al prójimo como modelo, es decir aquellos que trabajan, o deberían trabajar, para el bien de las demás personas en los puestos de máxima responsabilidad y representatividad. Esa pérdida de visión nos pone velos delante de los ojos que no nos dejan ver las realidades que tenemos delante.

En ese sentido, me encantaría saber que hubiera pensado Teresa de Jesús de haber vivido en nuestra época actual, al observar cómo está de extendido el pecado mortal en el mundo —su gran bestia negra—. Cómo domina a una gran parte de los dirigentes de hoy —incluidos los eclesiásticos con el Papa a la cabeza—, cuando emprenden esas acciones tan sospechosas de estar empujadas y dirigidas por poderes que desean el mal en el mundo, despreciando los pecados graves con-

tra la Ley Natural, que están causando daño al prójimo de manera generalizada, incluyendo la misma muerte.

Situaciones que, por supuesto, no son nuevas en la Iglesia, ya que el momento que vivió Teresa de Jesús en su tiempo, y que tantos dolores espirituales le causó, estaba dominado por una Iglesia que hacía gala en su vida cotidiana de una gran relajación que afectaba a muchos monjes, frailes y monjas, algo que ella «sabía» que tenía que ayudar a cambiar de forma radical, y por lo que sufrió tanta persecución. De modo que se esforzó denodadamente para que las reglas y las normas que la propia Iglesia pregonaba e imponía, referentes al cumplimiento con el amor a Dios sobre todas las cosas y con el amor al prójimo como fundamentos, fueran restauradas desde los cimientos hasta los tejados.

¿Qué pensaría si viviera hoy en este mundo?

YO TAMBIÉN SÉ DE UNA PERSONA QUE...

«Yo sé de una persona», es una fórmula empleada por Teresa de Jesús, con una cierta picardía y distanciamiento, cuando tiene que hablar de algo en Las Moradas o El Castillo Interior que o bien le cuesta o pudiera quedar no bien entendido o bien que tiene mucha trascendencia y lo desea realzar. Obviamente que esa persona de la que habla es ella misma, que desea evitar hablar de sus experiencias directamente en primera persona, prefiriendo una forma «camuflada» como modelo para dirigirse a sus compañeras de orden, reconociendo que esa fórmula le permite decir cosas, bajo el amparo de esa afirmación inicial, más libremente.

En mi caso «yo también conozco a una persona» que dice que hay muchos cristianos que no creen en la bondad actual del mundo y que piensan que Dios se ha tomado unas largas vacaciones. Esa misma persona me dice que incluso alberga grandes dudas acerca de que el principal gestor y representante de la cristiandad, a nivel mundial, no se encuentre en pecado mortal, al defender y alentar acciones injustificadas que están causando un perjuicio y un daño incalculable —llegando incluso hasta la muerte— a millones de personas. Desde la cúspide de la pirámide del poder eclesiástico, el actual papa se ha destacado como defensor acérrimo de una vacunación mundial experimental de muy graves consecuencias, también se ha declarado acérrimo defensor del contenido integral de la destructiva Agenda 2030, instando a los cristianos jóvenes del mundo para que presionen a sus políticos para obtener leyes climáticas radicales, sin importar su capacidad de destrucción generalizada. Además se ha destacado por públicas declaraciones muy confusas sobre el principio y la identidad del género, olvidando que: «Dios creó al hombre y a la mujer». Todo ello deriva en una profunda rotura del esencial principio cristiano del amor al prójimo, generando por añadidura una enorme confusión entre «sus representados», y multiplicando por infinito la responsabilidad cenital de sus actuaciones.

Esa confusión explica hechos que, en ocasiones, cuestan bastante de entender. Por ejemplo, se estima que el 73 por ciento de la población europea es cristiana, por lo que también se puede afirmar, sin error, que aproximadamente el setenta por ciento de los dirigentes que ocu-

pan los sillones de los organismos europeos son también cristianos y, por consiguiente, sujetos a las normas de acción de su religión, que muy especialmente les conmina a practicar el amor al prójimo, sobre todas las cosas.

¿Podría entonces afirmarse que esas personas —que ellas ya saben a qué directrices están siguiendo—, y que están causando graves daños a muchas otras —incluso la muerte— mediante la aprobación y la práctica de leyes y políticas «oficiales» destructivas e integradas en agendas globalistas de oscuros fines, estuvieran en pecado mortal? Aparte de que, en sus puestos de liderazgo, no pueden argumentar un desconocimiento de la realidad como causa eximente de sus actos. Entonces, ¿qué repercusión puede tener para el mundo que esa casta cristiana dirigente —con su jefe a la cabeza— pueda encontrarse, posiblemente, en pecado mortal?

¿Dónde quedarían hoy aquellos consejos de Teresa de Jesús que animaban a la progresión personal para salir de las primeras y las segundas moradas: «orar de manera constante», «que cada persona se mire a sí misma», «que no se busque la falta en las demás», «abandonar todo tipo de murmuración», «mantener la confianza en el Señor a toda costa» o «no perder nunca el espíritu combativo contra el mal»?

¿Cómo realizar el viaje interior en un entorno actual tan hostil y confuso? ¿Acaso son los nuevos demonios que dificultan tan delicado viaje, adoptando formas perversas y sutiles de ataque?

La Iglesia siempre se ha caracterizado por su machismo —Pablo en Corintios: «Las mujeres cállense en

las asambleas que no les está permitido tomar la palabra»— y parece que la práctica del amor al prójimo la deje, principalmente, en sus manos dentro de la estructura eclesiástica, por ejemplo: vida en conventos, atención en hospitales, enseñanza, cuidado de ancianos y enfermos o tareas evangelizadoras de misiones, mientras que los hombres se encargan del ejercicio del poder y del mantenimiento de la esencia dogmática. Por eso «los prohombres de la Iglesia» de su tiempo no soportaban, que Teresa de Jesús les cantara las verdades, en lo referente a su falta de moralidad, a su desprecio por los principios éticos o a su vida pecadora, habida cuenta de que, además, la consideraran como un ser inferior por el hecho de ser una mujer.

En cualquier caso, supongo que en respuesta a la pregunta de qué haría Teresa de Jesús en nuestro tiempo actual, creo que perseguiría la verdad. Sin más.

INSEGURIDAD Y TEMOR: COMBINACIÓN QUE NO HA FALLADO NUNCA A LO LARGO DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Teresa de Jesús conocía, por su dilatada formación y experiencia, que el manejo de la inseguridad y del temor era un modo muy efectivo para que sus hermanas carmelitas mantuvieran el esfuerzo y la concentración en sus prácticas y en su vida de oración, manteniéndolas «despiertas y atentas» en su lucha contra el cansancio y el desánimo causados por una práctica tan exigente como la vida mística.

Como persona ya muy experimentada de la vida —hay que tener en cuenta que cuando escribe el libro de

Las Moradas o El Castillo Interior era ya sexagenaria—sabe que su comunidad, aunque apartada por libre elección de la vida mundana, no queda exenta de las tentaciones del demonio, que sólo tiene que hacerlas más sutiles y refinadas para adaptarlas a una vida conventual, como son por ejemplo: la murmuración, el desánimo, la soberbia, la desconfianza, la envidia o la falta de humildad. Y no cesa de advertir a sus hermanas para que permanezcan siempre en estado de alerta contra esos ataques, los cuales obligan a no bajar la guardia y que exigen, sobre todo, la plena confianza en las formas de hacer de Su Majestad, es decir, la plena confianza en el plan de Dios para cada persona.

Es decir, que no utiliza sus conocimientos sobre el temor y el miedo, ni tan siquiera su dilatada experiencia sobre la vida y sobre la debilidad humana, para amedrentar y forzar una sumisión y una obediencia ciegas en sus hermanas, sino que su intención supera esas bajezas y se focaliza en la necesidad que siente de advertir, pero «ofreciendo soluciones». No hay que perder de vista que cuando ella escribe está confesando las experiencias que ella misma ha protagonizado a lo largo de su vida, habiendo comprendido por propia experimentación que «siempre es posible volver hacia atrás», aunque se haya progresado mucho en el tránsito entre las distintas moradas. En este sentido, no importa que se haya recorrido una parte importante del camino hacia estancias superiores «mejor pagadas por el Señor», pues no resulta ser garantía de seguridad.

Además, aunque Teresa de Jesús conoce y sabe que está obedeciendo una orden superior que le ha requeri-

do —más bien obligado— para escribir, precisamente, sobre sus experiencias con el objetivo de ayudar en el camino y la progresión de sus hermanas de comunidad, tiene también una constante preocupación para que sus reflexiones y enseñanzas trasciendan más allá de los muros de sus conventos y alcancen a toda persona, «de buena conciencia», que cumple con los requisitos adecuados para ser merecedora de acceder al corazón de su propio castillo interior.

Es más, emplea con una cierta frecuencia la comparación entre la vida del convento y la vida del exterior para que sus hermanas no se confíen ni se sientan seguras de que, por vivir en condiciones tan especiales, tengan el camino y el destino asegurado. Bien está el encerramiento, el ejercicio de la penitencia, el trato con Dios constante, la oración permanente y el aborrecimiento de las cosas del mundo para facilitar las cosas, pero eso no basta y por ello, reiteradamente, activa su temor y su miedo —el de sus hermanas— para no perder lo logrado.

Por eso, cuando en las terceras moradas se refiere a las personas «de fuera» que alcanzan estas moradas, en general, las describe con unas conductas tipificadas muy concretas:

«Son personas deseosas de no ofender a Su Majestad; Se guardan aún de los pecados veniales; Son amigas de la penitencia; Practican horas de recogimiento; Gastan bien el tiempo; Se ejercitan en obras de caridad con el prójimo; Son «concertadas» en hablar, vestir y en el gobierno de la casa, si es que la tienen, manteniendo a lo

largo de su vida una confianza ciega en su creador y en sus planes y designios».

Otra cosa bien distinta resultaría ser que se empleara la táctica de la activación del temor y de la inseguridad para provocar, por medio de una intervención falsa, engañosa y mal intencionada, una reacción de sumisión y de sometimiento con finalidad destructiva. Pero eso no es, para nada, lo que intenta Teresa de Jesús, ya que al trabajar con el temor y la inseguridad, ella pretende todo lo contrario, a saber, alentar en sus comunidades a que no se deje de buscar, nunca, el camino de la verdad. En cualquier caso, ella sabe que, con buena o mala intención, tanto el temor como la inseguridad son armas excelentes de manipulación —no pasa nada por admitirlo, puesto que puede ser positiva—. Eso explica esa constante alusión a no permanecer tranquilas en ningún momento, «puesto que el demonio acecha».

¿Cómo convertir esa fuerza persuasora —miedo, inseguridad y temor— en algo útil, no solamente para sus hermanas de comunidad, sino para el hombre y la mujer del Siglo XXI, que enfrentan tremendos dilemas que abordar? ¿Es posible que la misma fórmula aplicada en sus conventos, que no es otra que la práctica de la confianza ilimitada en Su Majestad, en sus designios y en sus planes para cada individuo, sea también de aplicación exitosa «en el exterior»?

Y si así es: ¿cómo se adquiere y se practica esa confianza ilimitada?

En su caso parecía sencillo elegir el objetivo en el que se debía depositar esa confianza ilimitada, puesto

que Dios se encontraba en el epicentro de todas sus consideraciones y reflexiones, siendo el único objeto de atención posible para llevar una vida con sentido. De modo que todo lo que llegara de su procedencia estaba bien y era correcto, fuera lo que fuera, y cuestionarlo abría el camino de la incomprensión y de la falta de entendimiento, que es el causante de la desazón y el desánimo. Y esto, para Teresa de Jesús, es válido no solo para aplicar dentro del convento sino de aplicación para todas las personas creyentes. Por ello dice aquello de que: «No está el negocio (asunto) en llevar hábito o no». El camino para fabricar la confianza esta en ejercitar las virtudes, en rendir nuestra voluntad al Señor y en no querer que se haga nuestra voluntad. Y cuando se tiene esa gran confianza se adquiere seguridad y estabilidad, puesto que no se duda de la fuente de dónde todo procede.

Sencillo de decir, difícil de aplicar.

¡VÁLGAME DIOS, EN LO QUE ME HE METIDO!

Cuando leo los escritos de Teresa de Jesús siento que soy como las olas del mar. Tan pronto me siento muy cerca de ella, como acto seguido me alejo con un gran sentimiento de separación, posibilitando la circunstancia de que ni me quede con ella, ni me desvincule de ella. Por ejemplo, cuando dice: «¡Válgame Dios, en lo que me he metido!», la siento muy cercana y la imagino con la pluma en la mano no sabiendo por donde comenzar o cómo continuar.

Lo mismo me ocurre a mí en este momento.

En ocasiones, el intento de acomodar sus reflexiones y sus recomendaciones sobre el modo de «vivir hacia adentro» a las aventuras y desventuras de una persona del año 2024, y sin que la religión ni la aceptación total de sus creencias sean parte del proceso, me resulta algo de difícil ejecución. Ella habla desde una total confianza en Dios y en el destino único del ser humano —buscar la fusión integral con ese Dios misericordioso—, de modo que cuando no se tienen esas «confianzas» se complica más la comprensión de sus experiencias.

Y, tal vez sea porque estoy viviendo la situación actual del mundo con una gran preocupación, desde un nivel de consciencia y de conciencia que no me permite estar tranquilo; Tal vez sea porque observo cómo en mi mundo se está ejecutando un plan perverso de sometimiento de los seres humanos, convirtiéndoles en peones que se puedan mover al antojo del poder establecido, llegando a disponer hasta de su propia vida; Tal vez porque Teresa de Jesús fue una gran defensora de la sumisión y la obediencia —eso sí voluntaria y contenta— como la única forma posible de navegar por el mundo de la lucha y del combate contra las constantes «sequedades y pruebas» que manda El Señor a sus fieles, sin criterios lógicos y comprensibles. Tal vez sea, por todo ello, que se me hace difícil la aceptación de algunos de sus pasajes, y que me cueste encajar el hecho de que las personas que hayan decidido aceptar su liderazgo y su guía mística, deban pasar, por un necesario período purgativo.

Y he dicho «sin criterios lógicos y comprensibles», porque precisamente es la aleatoriedad en la entrega de

«mercedes o favores» a los seres humanos, por parte de Su Majestad, lo que hace más difícil entenderlo bien, recordando, como dice ella: «Dios da cuando quiere y a quién quiere» ¿Por qué, por ejemplo, colmar de mercedes a Pablo o a Iñigo de Loyola antes de que tan siquiera hubiera recibido nada de ellos? ¿Por qué tanta sequedad y aspereza con aquellas personas que, sin embargo, han dado el paso de servirle? O incluso, ¿por qué no despertar a todas por igual utilizando recursos sobrenaturales similares, en lugar de dejar vivir a unas personas una vida errática y desorientada y a otras no? Aunque ya apunta la misma Teresa de Jesús como algo muy positivo «la fortaleza de los que andan con sequedad», como expresión de la suerte que tienen las personas capaces de expresar tanta confianza ciega con tan pocos estímulos.

En este aspecto, sin embargo, la entiendo bien. He sido asiduo practicante, desde hace más de cuarenta años, de la meditación de la respiración consciente —«sentarse» y simplemente conectar con la propia respiración, sin hacer nada más que eso—, con la finalidad de conectar con «eso» que tenemos dentro, que estoy convencido que es nuestra divinidad —a imagen y semejanza de Dios—, y hacerlo, además, de manera consciente. Y si alguien me pregunta si lo he logrado alguna vez, tengo que reconocer que no o que creo que no. Y explico el proceso mediante una metáfora sencilla. Imagino que todos los días acudo a una parada de autobús a sentarme a esperar a un bus que no he visto pasar nunca y que no sé tan siquiera si llegará a pasar algún día. Pero siento necesidad de acudir a la parada —animado por

una extraña fuerza de atracción—, de sentarme allí, aquietarme, esperar sin esperar nada y volver a marcharme. Por eso entiendo muy bien cuando ella habla de viaje de introspección, de moradas interiores y del encuentro con Su Majestad en el centro profundo del castillo, sin esperar ni pretender nada.

Decía que me he sentido identificado con su ¡Válgame Dios, en lo que me he metido!, porque no se me ocurre muy bien, y cuidado que he dado vueltas y vueltas a la cuestión, cómo convertir las herramientas favoritas de Teresa de Jesús como: Sometimiento; Aceptación; Obediencia y Confianza, en referente para la situación actual que vivimos, ya que el sentido común y la sensatez aconsejan todo lo contrario, es decir: Rebeldía; Desobediencia; Rechazo; Resistencia y Desconfianza, como claras respuestas ante los intentos totalitarios de someter a la humanidad.

Puedo reconocer que a Dios le guste probar de manera constante la fidelidad de sus adeptos —algo que me ha costado muchísimo siempre comprender y aceptar, al mismo tiempo que me llena de suspicacias— y, en ese sentido, no es de extrañar que los gestores eclesiásticos recomienden a los fieles no hacerse preguntas sobre si eso es correcto o no, sobre si es justo o no, sobre si es apropiado o no.

Entonces, la confianza ciega, aunque sea voluntariamente decidida, es una buena forma de cumplir con el abandono de toda capacidad crítica, lo cual facilita mucho esa gestión, sin tensiones. Aunque, también ya he comentado en alguna ocasión anterior lo que me extra-

ña que, siendo como era de claro el mensaje que Teresa de Jesús escribía, pudiera actuar luego en la práctica con una gran rebeldía frente al poder establecido, lo cual me sorprende y despista ¿Cómo lo lograba?

De hecho, aplicado a la naturaleza del alma y con el soporte de unas profundas creencias, ese mensaje puede tener mucho sentido, de modo que, cuando una persona comprende o elige el camino de la vía interior, el abandono y el cese de cualquier resistencia se hace necesario. Eso, como decía antes, aquella persona que ha practicado la técnica meditativa de la introspección interior, de la escucha del silencio interno, ya lo sabe y le resulta fácil de entender. Pero, cuando se sale al mundo del exterior, las reglas pasan a ser otras, si bien la fuente del poder personal tiene que emanar, necesariamente, de una fortaleza interior, la cual puede ser alimentada tanto por el amor más profundo como el odio más arraigado, que tan motivadores son el uno como el otro.

UN PUENTE QUE UNE DOS MUNDOS DISTINTOS

«Cum dilataste core meum» (cuando abriste mi corazón). Expresión que me gusta y con la que resueno positivamente, y con la que Teresa de Jesús da entrada a las cuartas moradas, que son aquellas que actúan de tránsito entre las tres primeras moradas y las tres últimas. Las primeras, llenas de lucha, de combate, temores, inseguridades, adhesiones inquebrantables y purgación de pecados pasados. Las tres últimas, donde ya todo va rodado y se sienten, de manera generalizada, natural y constante los favores, las mercedes, los contentos y, sobre todo, los gustos y los gozos de proceden-

cia divina. Pero para hacer ese tránsito entre moradas es fundamental cruzar el puente de la apertura del corazón, espacio que se va hinchando como un globo, ocupando todo el ser interior y expandiéndose hasta el último rincón del cuerpo.

No me sorprende nada, en principio, que el puente elegido para facilitar el tránsito entre las moradas sea el del corazón. En esto coincide, totalmente, con el trabajo de purificación que se hace de los siete chacras básicos. El primero, segundo y tercero son vórtices energéticos que actúan en el mundo inferior y humano. El quinto, sexto y séptimo son los vórtices energéticos superiores y espirituales, los cuales terminan en la parte superior de la cabeza como símbolo de unidad con «lo superior de arriba» —como nos dice la misma Teresa de Jesús, en la parte superior de la cabeza, «adonde dicen que está lo superior del alma»—. Y en medio el chacra del corazón, como no podía ser de otra manera, actuando de bisagra para acceder del mundo inferior al mundo superior.

Es esta otra lección que me resulta fácil de entender, porque es lo que yo he buscado a lo largo de mi vida meditativa. La conexión con ese espacio interior, el mal llamado vacío interno, que en lugar de manifestarse como la nada se manifiesta como «el todo». En ese sentido no le hace justicia, para nada, llamarlo vacío, dado que las personas que han tenido el privilegio de disfrutar de ese tipo de experiencias —que no es mi caso— lo califican como de plenitud. Idea de expansión interna, hasta los límites de los contornos corporales, acompañada de un gran sentimiento de plenitud por participar

de la divinidad consciente. Personalmente estoy convencido que son esas similitudes las que me acercan tanto a sus reflexiones, a pesar de otras muchas incomprendiones.

Puede ser que, al final de todo, la cuestión quede reducida a contemplar la relación con Dios bajo la visión de la confianza o la desconfianza. Como en tantas otras áreas de la vida, las medidas y las acciones más carentes de lógica y fundamento pueden ser aceptadas e impuestas cuando la confianza o la sumisión en la persona o la estructura que las dicta es total e incondicional, mientras que, por el contrario, nada parecerá bien al que siente una gran desconfianza por el que pretende —sea persona o entidad— intentar la imposición de algo sin recabar su mínima aprobación.

Y ENTIENDAN LAS PERSONAS QUE NO HAN PASADO POR ESTO, QUE ES VERDAD QUE PASA ASÍ

El caso es que, volviendo al tema, al compás de esta expansión del corazón, Teresa de Jesús invita a reflexionar sobre cuestiones que a ella le gustan mucho, como son las diferencias entre los contentos y los gozos, entre lo natural y lo sobrenatural, entre el pensamiento y el entendimiento o bien entre la oración de recogimiento, la mística y la de quietud, en apariencia cuestiones parejas, pero que le sirven para plantear profundas y serias disquisiciones.

Una extraña seguridad que nace desde lo hondo de su interior le hace afirmar, de manera contundente, que aquellas personas que no han pasado por esas experiencias que ella ha tenido, que acepten que es así, simple-

mente porque son verdad. Esa seguridad que impone en sus afirmaciones la convierte en un referente inquietante, señalándola como alguien que dispone de un secreto que ha descubierto y que está deseando de divulgar y compartir, mereciendo una atención respetuosa hacia esas experiencias que cautivan con su autenticidad, aunque le cueste lo indecible expresarlo con las palabras adecuadas.

Teresa de Jesús reconoció que sintió una gran alegría y contento cuando entendió de verdad la diferencia que había entre el pensamiento y el entendimiento. En tanto que el primero era una aplicación de la mente y la voluntad, acompañada de la imaginación para valerse en el mundo del día a día, el entendimiento era una de las potencias del alma, gracias a la cual se producía una claridad y una total comprensión de la existencia y del destino del hombre. Esas diferencias justificaban y explicaban cuán errado podía estar el pensamiento en su ejercicio cotidiano, frente a la infalibilidad de la percepción del entendimiento. Añadía, además, que la persona experimentada no tenía dificultades para ver claramente las diferencias entre ambos.

Estas cuestiones eran importantes porque, en sus tiempos, circulaba la teoría de que las técnicas que ayudaban a no pensar, a dejar inactivo al pensamiento, eran las adecuadas para provocar el recogimiento y la contemplación. Es decir que, mediante la aplicación de la técnica del no-pensar se accedía al recogimiento, este daba paso a la quietud y la quietud era la antesala de la contemplación. Pero Teresa de Jesús consideraba que esas teorías de la época no eran adecuadas ni acertadas

para poder explicar la oración de contemplación, la cual no dependía para nada de la mente y de la voluntad, discrepando seriamente con las personas «ilustradas» que defendían el posicionamiento contrario.

Para ello, argumentaba que las potencias y las capacidades no se pueden «cerrar» porque están puestas por Dios con alguna finalidad al servicio del hombre y para cumplir con alguna función; Consideraba además, por propia experiencia, que la suspensión del pensamiento no era posible hacerla de manera voluntaria, aunque también reconocía que: «estando tortolito (desconcentrado) vuela el pensamiento de presto», o sea que, cuando no se ata de algún modo el pensamiento, se distrae la persona enseguida; Y, sobre todo, porque consideraba que la voluntad y la mente podían llegar hasta cierto punto del camino del recogimiento y la quietud, pero el salto hacia la contemplación era una merced divina, que resumía diciendo algo que ya conocemos: «Dios da a quien quiere y cuando quiere».

Lo que es cierto es que: «hay que procurar no discurrir, sino estarse atentos a lo que obra el Señor en el alma». Lo que quiere decir que lo importante era estar ahí, logrando el mayor estado de quietud para quedar en disposición de recibir lo que viniere, aunque ni tan siquiera eso estuviera asegurado, puesto que la recepción de las mercedes divinas no tiene que ver con los méritos y los servicios propios. En cualquier caso, quedaba claro que Teresa de Jesús no estaba de acuerdo con que la oración contemplativa/mística pudiera ser susceptible de una técnica, aunque esta fuera muy sofisticada.

Sin embargo, a pesar de esa gran defensa en contra del no-pensamiento, como técnica, también decía: «lo que entiendo que más conviene hacer al alma es lo dicho, que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, más no suspenderle, ni el pensamiento». Al escucharla entonces surge la pregunta: ¿qué quiere decir con «atajar el discurrir del pensamiento»? ¿No es una manera de reconocer la eficacia del no-pensamiento para la finalidad que se pretende: Recogerse; Aquietarse; Esperar, y, si Dios lo concede, acceder a la contemplación?

Aunque creo que las claves para entenderla bien están tanto en la forma de conseguirlo: «sin fuerza, sin ruido, con paz, con quietud y con suavidad» —puesto que las obras interiores son suaves y fluidas y no penosas—, como en el conocimiento preciso de hasta dónde puede llegar una persona por medio de la voluntad, el pensamiento y la intención, pero que no espere llegar más lejos de donde puede.

Lo que parece oportuno considerar aquí es que el viaje por las moradas en el camino hacia la fusión total con la fuente creadora de todo, presenta como dos escenarios diferentes. En el primer escenario, con la práctica del recogimiento y la quietud —lo que conlleva intención y voluntad—, se accede a una situación interna muy positiva y que puede estar llena de «contentos» —ya escucharemos enseguida el contenido que Teresa de Jesús tiene de estos conceptos— de contenido más humano, pero que procuran mucho equilibrio y satisfacción. Por el contrario, en el segundo escenario se vislumbra la contemplación —valga la redundancia— como resultado

de una merced recibida directamente de la mano de Dios, siendo la única forma de adquirirla, ya que la otorga como un regalo especial ¿Cómo se obtendrá, posiblemente, ese regalo divino? ¿Qué puede hacer el ser humano para facilitar la recepción de ese regalo?

Pues sencillamente practicando sin esperar nada —y menos creer que se tiene el derecho de recibirlo por méritos adquiridos—, mediante el ejercicio constante de la humildad y por el desistimiento o el desapego de las cosas materiales.

Y esta fórmula está accesible a todas las personas de bien, porque para todos los seres humanos es factible adoptar el amor a Dios de forma desinteresada, es muy aceptable considerar, por humildad, que no son merecedores de tanta descompensación entre lo que se da y lo que se recibe, del mismo modo que se desea compartir los padecimientos que sufrió el hijo del Altísimo, aceptando que Dios no tiene ninguna obligación para dar nada, puesto que «el agua viene si quiere».

En este sentido, Teresa de Jesús, gran aficionada al uso de las metáforas para ayudarse en la explicación de cuestiones complejas, equipara los contenidos producidos por la oración de recogimiento y de quietud con el agua que llega después de recorrer una compleja estructura de canales y viales, mientras que la oración mística contemplativa es como el manantial natural que emerge espontáneamente como una fuente, allí mismo.

De alguna manera, estos dos escenarios comentados guardan correspondencia con las diferentes moradas. En las tres primeras se ha adentrado la persona en un

lugar de lucha, de combate, de soltar lastres del pasado, de prepararse para transitar por un largo desierto en una constante prueba de confianza ciega, sometida a toda clase de pruebas. En las moradas cuartas se procurará el ensanchamiento del corazón y el entendimiento de lo que va a ocurrir en las moradas siguientes —las quintas, sextas y séptimas—, en las que ya el discurrir por el camino del misticismo será mucho más fluido, aunque no exento de pruebas, puesto que como ella dice: «para el demonio será gran triunfo conseguir una de estas almas que han disfrutado de esas mercedes contemplativas, que conseguir miles de las almas que no las han tenido», —se refiere a los gustos de la contemplación—.

Teresa de Jesús considera a «Los Contentos» como satisfacciones y disfrutes humanos, traídos con los pensamientos y con la meditación —recogimiento y quietud—, contentos que son adquiridos con las obras virtuosas y que parece hasta que los ganemos con nuestro trabajo, pudiendo tener un origen terrenal como: hacienda, riquezas, amistades, negocios, triunfos, etcétera, y que acaban en Dios. Mientras que «Los Gustos», por el contrario, comienzan en Dios y son mucho más difíciles de explicar. Lo natural frente a lo sobrenatural, lo que tiene claras explicaciones frente a lo que carece de ellas. Lo ganado frente a lo recibido.

Incluso ella misma reconoce que en estos momentos está siendo un poco caótica en su discurso y que, cuando habla de la oración de quietud, de la oración de recogimiento y de la oración de contemplación infusa y difusa, puede estar causando dudas en sus hermanas, acha-

cando esa dispersión, sobre todo, a las constantes pausas e interrupciones que está sufriendo en la composición de sus escritos, debido a las muchas responsabilidades a las que en ese momento tiene que hacer frente y que le dificultan la concentración en los temas.

Para superar ese pequeño caos, y con ánimo de aclarar las dudas de sus hermanas, se adelanta a reconocer algo que es esencial para ella: «La mejor oración es la que deja los mejores dejes», y así el acierto está siempre asegurado. Dicho de otra manera, se reitera en su recomendación repetida sobre cómo progresar en el camino de las moradas: «No pensar mucho sino amar mucho», y con eso pone fin a las explicaciones innecesarias.

En este sentido, ella combinó como nadie oración contemplativa y acción pública, demostrando como era totalmente posible conjugar ser un referente universal de su tiempo en la práctica mística y contemplativa, y ser a su vez capaz de fundar en cuarenta años nada menos que diecisiete conventos: Avila, Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas de Segura, Sevilla, Caravaca de la Cruz, Villanueva de la Jara, Palencia y Soria, algo que para una mujer, en el siglo XVI, tenía sin duda mucho más mérito que en el tiempo actual.

De hecho, ella misma reconocía que: «Y si es mujer, se aflige del atamamiento que le hace su natural porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías». Hoy en día, las feministas radicales la habrían crucificado por expresar esta idea,

pero afortunadamente lo dijo hace algo más de cuatrocientos años. De todas maneras, de nuevo sorprende —o cuando menos a mí me sorprende— ese extraño dominio que tiene Teresa de Jesús de las situaciones en las que es capaz de reconocer algo, para luego hacer todo lo contrario. Como cuando dice: «Más nuestra torpeza de mujeres todo lo ha de menester», pero es capaz de dejar evidencia de su superioridad manifiesta sobre muchos hombres ilustres de su tiempo. Pero en ella todo era sencillo dado que oración y acción se fundían en una sola realidad.

Es por la combinación y alcance de esos méritos extraordinarios que goza, entre creyentes y no creyentes, de un gran respeto y credibilidad cuando reflexiona sobre cuestiones místicas complejas y difíciles, animando a que se le crea porque no sabe explicarlo mejor, pero que ella lo ha experimentado, afirmando que lo que dice es cierto: «y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa así», y solamente por eso merece ya la pena escucharla con la atención y el respeto hacia una persona que ha disfrutado de experiencias excepcionales.

EL AMOR AL PRÓJIMO: LA GRAN VERDAD

Su preocupación por exponer una vía del camino interior accesible para todo el mundo, y no solamente para aquellas personas que abrazaban la austera vida de un convento, le lleva a matizar que incluso en los propios conventos era factible diferenciar, claramente, aquellas hermanas que no tenían una condición natural favorable para la vida contemplativa, lo que ella con su gracia

particular denominaba «que tenían un natural flaco», de las que si lo tenían. Entonces les decía que Dios las quiere para la vida activa conventual, pero que no tengan duda que se encontrarán en las mismas condiciones que las otras hermanas más favorecidas —cuando menos en apariencia— para recibir las mercedes divinas, las cuales no obedecen al criterio de méritos y servicios, sino que son regalos sin reglas. Es decir que no solo se trataba de una cuestión de intención y disponibilidad personal, sino que también jugaba un papel importante la propia condición personal, ya que la vida de la contemplación requería de mucha exigencia.

Acostumbraba a reconocer que una de las mejores maneras de comprobar o asegurarse de que una persona había tenido una experiencia de carácter místico —algo sobre lo que era muy preguntada, dado que este tema preocupaba mucho a las hermanas que practicaban oración mística— era cuando se desvanecía todo tipo de duda. Es decir, que por el solo hecho de dudar si se había tenido o no, si había sido oración de quietud o de contemplación, también llamada de unión, ya se estaba en condición de asegurar que la respuesta era que no, por la sencilla razón de que, cuando se alcanzaba el estado de unión superior, se disipaba cualquier duda, quedando simplemente la diáfana claridad de la seguridad. Lo expresaba Teresa de Jesús, hablando de sus propias experiencias, diciendo que: «venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar».

En cualquier caso, puesto que lo que pretende Teresa de Jesús es dar información para que sus hermanas de

comunidad comprendan mejor y sepan lo que acontece en la vida contemplativa, insiste en una idea que para ella es fundamental. Explica que sin el amor al prójimo no es posible el amor a Dios y que teniendo el amor de Dios es imposible no amar al prójimo. De modo que la ausencia de amor al prójimo es la peor señal que se puede encontrar de que la vida contemplativa está fuera de alcance, y lo tiene muy claro cuando les regaña medio enfadada: «¡Qué no hermanas, que no! Obras quiere el Señor», y les conmina a que sacrifiquen devoción por acción de compasión siempre que tengan la ocasión: «olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural». Porque para ella, el amor sin obras no es más que manifestación emocional hueca de las potencias y los sentidos, pero no del alma.

Este encumbramiento del amor fraterno, que se expone en las moradas quintas, es considerado por Teresa de Jesús como la mejor forma de mantener atada la voluntad propia a lo que es la voluntad de Dios, que a su vez es la fórmula práctica para que todas las personas puedan acceder a un cierto grado de la unión con Dios. Tiene toda la lógica. Pues desde el amor al prójimo —algo que es visible y observable— se proyecta e impulsa la persona hacia el amor de Dios —el cual no es tan fácil de visualizar—, que no existen el uno sin el otro.

Entonces resulta muy interesante conocer de su propia pluma algunas de las características y atributos que, en su conocimiento, iban adquiriendo las personas contemplativas en su paseo por las distintas moradas: Hondura psicológica; Profundo sentido religioso; Nuevo sentido de Dios; Nueva forma de vivir la presencia divi-

na en la realidad cotidiana, en la relación con las otras personas y en la visión de los sucesos; Ojos nuevos; Nueva mirada; Nueva escala de valores; Apariencia trasnochada con alma de profeta, reconociendo, finalmente, cómo todo ser contemplativo pasa a ser un enamorado de amor loco, sin importar si ese enamoramiento lo logra dentro de la calma de los conventos o en el bullicio del mundo exterior.

Por cierta similitud, al leer estos atributos me viene el recuerdo de los cambios que se dice que sufren aquellas personas que han tenido una experiencia cercana a la muerte —es decir que han vuelto «de allí»—, y que coinciden con una importante transformación en la forma de vivir su vida, adoptando actitudes positivas y esperanzadas. Esos cambios se reflejan en vivir la vida con una nueva perspectiva de ilusión, aceptación y disfrute de las cosas sencillas, comprendiendo mucho mejor a las demás personas. También coinciden en una pérdida del miedo a la muerte física, al momento en el que el espíritu abandona el cuerpo físico y mental, perdiendo la preocupación por «el después». A este respecto, la propia Teresa de Jesús también experimentó una situación de este tipo y la dieron por muerta a la edad de veinticuatro años, después de una grave enfermedad, recuperando la consciencia nada menos que después de tres días de velatorio, cuando su hermano Lorenzo rezaba junto a «su teórico cadáver». Nadie es capaz de imaginar, obviamente, el efecto que aquellos tres días de muerte aparente, tuvieron en su vida mística. Nadie.

En las moradas quintas Teresa de Jesús comienza a adentrarse en explicaciones sobre el contenido de la ex-

perencia mística. Es consciente de lo difícil que resulta hablar de ello y pide la colaboración del Espíritu Santo, para que su pluma no se atasque pues ella se considera incapaz de explicar con palabras hechos tan grandes y misteriosos. Ocurre, además, que está escribiendo su libro de Las Moradas en unos meses de su vida muy complicados. En esos momentos, el acoso hacia su persona y sus hermanas —muchas de las cuales son excomulgadas por sus prácticas—, así como a sus colaboradores más cercanos —Juan de la Cruz y el Padre Gracián—, llegando al extremo de que son encarcelados, le implica un titánico esfuerzo de lucha personal contra el imperante sistema eclesiástico. En esas condiciones, ¿cómo encontrar entre tanto alboroto la pausa de calma necesaria para terminar sus reflexiones místicas? Desde luego porque tiene muy claro lo que quiere decir y, además de ello, recurriendo con humildad y con cierta desesperación a la ayuda divina para terminar su proyecto reflexivo, sin olvidar algo que ella gusta de repetir: «nada te turbe, nada te espante, todo se pasa».

Proyecto reflexivo en el que explica como la vida de una persona mística se encuentra condicionada por dos claves esenciales. La primera, provoca un estado de inefable gozo espiritual, acompañado de la percepción consciente de que se tiene un amor rendido y sin límites ni condicionamientos a Su Majestad Dios, en un proceso de esponsales y unión que es indescriptible, y que solo se entiende cuando se experimenta. La segunda, provoca un intenso e íntimo dolor propiciado por la visión de que el inmenso sacrificio realizado por Jesucristo-Dios para salvar al mundo del pecado original de la humani-

dad no es correspondido por ella, y hasta es despreciado e ignorado. Tal fusión de sentimientos y emociones contrapuestas le hace al ser místico desear la muerte para liberarse de las ataduras de los sentidos y las potencias del cuerpo, para poder gozar sin límites de su unión.

Humildad, esperanza, confianza, conocimiento de que sus circunstancias —cualesquiera que sean— forman parte de los caminos que tiene preparado el Señor para ella —como para cualquier ser humano—, insistiendo en que la rendición de la voluntad personal a la voluntad superior del destino divino es el único modo de entender la propia existencia y enfrentar los problemas que esperan en el camino.

De hecho, uno de los mayores problemas que tuvo que afrontar Teresa de Jesús en estos entornos tan conflictivos —aparte de ser mujer en el siglo XVI— fue el de tener que hablar y defender «lo suyo» ante ciertas personas que no habían experimentado situaciones personales similares, lo que explicaba su incapacidad para comprenderla. En las moradas quintas no le duelen prendas para rechazar a los ignorantes con palabras duras. Así habla de los Medioletrados —que hacen mucho más daño que bien a las almas que acuden a solicitar su consejo—, de los Confesores Medrosos —que no entienden nada y son incapaces de juzgar los dilemas, destrozando el efecto penitencial—, de los «que tienen letras muchas» —pero que escriben de todo sin haber pasado por la necesaria experiencia— o de los mismos Teólogos destacados de la época, que careciendo también de experiencias propias, rechazan «sus fantasías espirituales», llegando a decir que es una loca dominada

por el demonio y recomendándole que ni se le ocurriera comulgar, y hasta que se burlara del crucifijo por si era una tentación. En definitiva, ella se enfrentaba al rechazo de la casta religiosa ignorante, inexperta y prepotente de su época.

Y no vayamos a pensar y creer que tenemos en los tiempos actuales el privilegio exclusivo de padecer la corrupción política. Efectivamente, ocurrió que en octubre de 1577, en el Convento de la Encarnación de Ávila, había que nombrar una nueva priora, habiendo dos candidatas. Por una parte Teresa de Jesús, en representación de las monjas no oficiales o «descalzas», y por la otra la candidata oficial correspondiente a las «calzadas». En el día de la votación se encontraba desplazado al convento un representante del Provincial del Carmelo, llamado Padre Valdemoro, para asegurar y garantizar que saliera elegida la candidata oficial, para lo cual procedió, ni más ni menos, a amenazar con la excomunión a las 55 hermanas que votaron por Teresa de Jesús —con lo cual se hacían con la mayoría absoluta—, al tiempo que requisaba y quemaba sus papeletas de voto, declarando la elección nula y nombrando a dedo a la candidata oficial.

Edificante y ejemplar, donde los haya, este episodio de robo de votos ¿no?

¿Y cómo consigues superarles a todos ellos?

En principio con el paso del tiempo, que todo lo va poniendo en su sitio, con la oración, con la persistencia y la constancia, con la voluntad inquebrantable, con el amor fraterno que comprende sus limitaciones —las de

los ignorantes—, con la aceptación de todas sus persecuciones como pruebas divinas, con la fuerza que le otorga su razón y su verdad, con la adhesión de sus comunidades o con el apoyo de personas poderosas que la entienden —que también las hubo—.

¿Es posible sacar alguna lección aplicable, por similitud, con situaciones actuales?

Por mi parte, reconozco que hay algo que he venido observando a lo largo de sus escritos que captura mi atención totalmente y que, además, me produce mucha tranquilidad, al tiempo que me evoca una gran sensación de credibilidad. Dicho de una manera simpática es su capacidad de ser, afortunadamente, tan repetitiva y cansina en sus mensajes.

En efecto, Teresa de Jesús repite una y otra vez unas cuantas cosas elementales —para ella—, mientras que va completando sus escritos con abundantes vivencias personales que trata de explicar de la mejor forma que puede, habida cuenta de la dificultad del tema místico. Tiene tan claro lo que va a decir —porque es lo que siente y lo que lleva dentro—, que su claridad y simplicidad repetitiva le permiten volver, sin aparentes problemas, una y otra vez a su tarea escritora en un período tan convulsivo.

Teniendo en cuenta que las moradas sextas y séptimas van a exigir un cambio en la forma de mirar del lector importante, por el tipo de experiencias tan elevadas que contará, puede ser este un buen momento para hacer una breve recapitulación de esas lecciones magistrales que se repiten en las cinco primeras moradas,

sirviendo como preparación para la lectura de las dos últimas.

He aquí algunas de esas principales enseñanzas que tanto le gusta repetir:

Siempre hay que estar en estado de alerta, pues será únicamente al llegar a las séptimas moradas cuando el alma descansará de tentaciones y se sentirá totalmente segura.

El único secreto para vivir la vida en estado de gracia permanente es el sometimiento de la propia voluntad a la voluntad de Dios, respecto de la ejecución de cada plan personal, aceptando los problemas que lleguen.

No hay ninguna devoción mística que merezca ser antepuesta a los actos de amor fraterno, por muy elevada que esta sea. Lo bueno es «no pensar mucho, sino amar mucho».

Bien están la sumisión y la obediencia, aunque sin apartarse del cumplimiento de la misión personal.

El encuentro con Dios se produce en el interior de la propia persona mediante la oración introspectiva, de quietud y de recogimiento. Definía la oración como: «Procuraba, lo más que podía, traer a Jesucristo dentro de mi presente».

Las personas no somos merecedoras de ninguna merced, sino todo lo contrario, y nuestro estado debe ser de permanente disponibilidad ante lo que venga, sin exigencia de ningún tipo y en la mayor práctica de la humildad. «Dios da a quien quiere y cuando quiere», en

el marco de la cesión de la voluntad a la divinidad y sin cuestionamiento alguno.

La señal más evidente de haber alcanzado el estado místico de unión con Dios es la desaparición de toda duda al respecto. Simplemente, no cabe la duda cuando se ha producido.

Pero, por si todavía siguiera quedando alguna duda, la forma de reconocer que las experiencias místicas son regalos del Señor y que son auténticas, consiste en ver cómo, a partir de entonces, se adueña de la persona contemplativa un auténtico pavor de hacer nuevas ofensas a Su Majestad e incluso un gran padecimiento por las ofensas antiguas.

A medida que se avanza en el grado de unidad con Dios, en el tránsito por las moradas, se incrementa el dolor al ver cómo se ignora el sacrificio hecho por Jesucristo-Dios para liberar a la humanidad del pecado original. Dolor que se llega a hacer insoportable.

Hay tal descompensación entre lo que se da y lo que se recibe en el proceso de unión con Dios, que es inconcebible no aprovechar esa opción.

La contemplación es el «sentimiento consciente de la presencia de Dios», el cual se puede producir como un regalo en cualquier momento, incluso como ella misma decía: «a deshora» o «estando descuidada».

Cualquier persona puede llegar a un nivel accesible de unión con Dios, con independencia de que se encuentre en el silencio conventual o viviendo el bullicio externo.

La reconocida impotencia personal que se manifiesta cuando la persona mística deja de estar asistida por la guía del Espíritu Santo y de Su Majestad, quedando paralizada.

Aunque hay que reconocer que tan importantes son los «mensajes presentes» en sus escritos, como los «mensajes ausentes». En este sentido hay que agradecerle, y mucho, que Teresa de Jesús no emplee las tradicionales armas aplicadas por la Iglesia, y sus representantes, para capturar la atención y la sumisión de sus adeptos. En ella no se escuchan, por ejemplo, argumentos como la promesa de la vida eterna por buen comportamiento o el sometimiento a un juicio final que sancionará todas los pecados cometidos, con la consiguiente vida bajo el temor al castigo, o la compensación por el dolor y el sufrimiento padecidos en la vida, o la clásica manipulación de la culpa y el remordimiento, o de la obligada dependencia de los guías eclesiásticos, los cuales se reservan la prerrogativa de otorgar el perdón, o sobre la necesidad de cumplir las normas y los preceptos impuestos por la Iglesia para asegurar la salvación eterna o inclusive de la tradicional explotación del temor a la muerte.

No. Ella se centra en la unión y fusión con Dios, que se logra por su infinita magnanimidad, después de una completa entrega amorosa a Su Majestad y a los demás seres humanos, en un proceso de búsqueda constante que, únicamente, puede tener lugar en el interior de la propia persona, unión a partir de la cual «todo se da». Y es de mucho agradecer, porque de esa manera se facilita

mucho la lectura de sus reflexiones para una persona que no sea creyente.

En este momento, me gustaría hacer un breve inciso para equiparar la exigencia del amor al prójimo —como pieza fundamental del argumentario teresiano— con la conveniencia de defender el bien general común, como objetivo que se ha puesto de moda para justificar los trascendentales y cuestionables cambios que se están imponiendo a la sociedad de nuestros días. Con esta intención, deseo dejar unas breves reflexiones para tener en cuenta cuando, de aquí en adelante, se plantee la cuestión del bien común frente el bien individual, algo que, previsiblemente, me da la sensación de que va a ocurrir con una cierta frecuencia y reiteración en los tiempos próximos cercanos.

Estas reflexiones son: Una, el bien común es el de todos, ni el de la mayoría ni el de muchos, sino el de todos; Dos, cuidado con lo que pretende el que define cuál es el bien común de un momento concreto y, además, tiene la autoridad para exigirlo; Tres, el bien común equivocado se convierte en el mal común de todos; Cuatro, el bien común tiene que ser para todos el mismo; Cinco, el bien común que se instala sobre la pérdida de un bien o un derecho individual hay que observarlo con lupa; Seis, lo que amenaza o pone en peligro al bien común tiene que estar meridianamente claro y probado.

Prosiguiendo, de nuevo, nuestro viaje por la obra teresiana, se observa que, si hasta ahora sus reflexiones se podían seguir, más o menos, desde una perspectiva humana sin ideología religiosa, a partir del momento en

el que se acceden a las moradas sextas y séptimas hay que dar un paso hacia adelante bastante difícil.

En efecto, el contenido de lo que va a contar a partir de ellas es tan misterioso, elevado y alucinante que, aunque sabemos que son el resultado de experiencias autobiográficas suyas ocurridas entre los cuarenta y cinco y los sesenta años, a pesar de ello resultan demasiado incomprensibles para las personas que estén desprovistas de creencias tan superlativas. Con lo cual, a partir de ahora se hará más costoso seguir sus reflexiones, las cuales, por otra parte, son contadas por ella tal y como las defendía frente a los censores eclesiásticos de su época, aquellos «expertos» que la perseguían como a una loca que padecía de alucinaciones: ¿Qué es eso de decir que veía a Dios y que pasaba con él inexplicables jornadas de inmensa felicidad y unión? ¿Qué es eso de decir que cualquier persona puede experimentar ese tipo de unión?

¿SEGUIMOS O LO DEJAMOS?

Es tan tremendo el salto cualitativo de comprensión que se va a exigir a las personas que se sigan interesando por sus reflexiones, a partir de las moradas sextas, que tendrán que demostrar una gran capacidad para no enjuiciar con una mente pequeña y estrecha lo que viene, evitando la tentación de rechazar aquello que no pueden entender. Y es tan importante esa exigencia, que conviene ofrecerles la posibilidad de seguir o de retirarse antes de pasar a escuchar explicaciones sobre los contenidos de las sextas y las séptimas moradas, puesto

que pensarán para sus adentros que «esto ya es demasiado para mí».

Advertida esta circunstancia, yo deseo seguir adelante. Primero, porque no pierdo la esperanza de encontrar entre sus enseñanzas la perla que estoy buscando, y aunque he encontrado muchas reflexiones estimulantes, todavía no lo que pretendo. Segundo, porque a estas alturas el acrecentado interés y respeto personal que siento por su figura me anima a seguir, al tiempo que me llega un barniz de autenticidad sobre sus actuaciones que me conmueve. Tercero, porque el tema místico me resulta muy interesante y me encuentro muy centrado en sus reflexiones. Y, cuarto, porque me encanta llegar hasta el final cuando inicio un camino. Así que yo, por mi parte, sigo con interés y curiosidad mi cita con ella, con sus relatos y su apasionamiento.

Y ya no me sorprende, cuando al iniciar esta nueva etapa, lo primero que me encuentro es con algo muy típico en ella, como es el anuncio de nuevas dificultades. Me pregunto si, puesto que se trata de un relato autobiográfico que cuenta una forma personal, llena de dificultades, de hacer el viaje o camino místico, luego en la práctica tendrá que ser así, de la misma manera, para todo el mundo. Pero, parece ser que así es, y que cualquier persona que desea entrar en esta fase tiene que aceptar que el alma pase por un tiempo de prueba, por un lavado del espíritu, que incluye una buena cantidad de pruebas o «trabajos interiores y exteriores», que serán padecidos hasta llegar a las séptimas moradas.

Algo que a ella, sin embargo, no parece importarle demasiado e incluso lo aprecia y le hace exclamar: «¡Válgame Dios, cómo apretáis a los amadores!» o como decía con frecuencia: «¡Bien es que lo mucho cueste mucho!». Hombre, está claro que las cosas que cuestan y son muy deseadas, cuando se logran, producen una gran satisfacción, pero un camino permanente plagado de grandes dificultades desanima y puede hacer que muchas personas tiren la toalla.

Y ¿qué clase de trabajos, interiores y exteriores, son los que formarán parte de esas nuevas pruebas dolorosas a las que es sometida la persona mística dentro y fuera de sí misma?

Por una parte estarán los «trabajos exteriores» por los que seguramente tendrá que pasar, como las críticas, las calumnias, las habladurías, las murmuraciones, las incomprensiones, las mofas, las acusaciones, las persecuciones y hasta los abandonos y alejamientos dolorosos de muchas personas cercanas. Sin perder de vista que hasta las mismas enfermedades físicas parecen aumentar o intensificarse cuando Dios comienza a conceder cierta clase de favores contemplativos, las cuales —las enfermedades— «cuando son fuertes descomponen lo interior y lo exterior, y aprietan al alma que no sabe qué hacer de sí», aunque siempre bajo la promesa esperanzada, eso sí, de que «Dios no permite más dolor del que una persona puede soportar».

De hecho, ella reconoce que desde que comenzó a tener las experiencias de unión mística —siendo bien joven— ya no ha vivido un solo día en el que no sintiera

un sufrimiento físico intenso, aunque para ella el dolor era una merced más que le ayudaba a amar más a Dios.

En lo que respecta a los «trabajos interiores», si ya los exteriores son duros y complicados, los interiores son insoportables: Confusión, alimentada por «confesores cuerdos y poco experimentados» que creaban gran angustia interior; Dudas de gran calado sobre la fe; Aislamiento y soledad; Continuas sequedades; Sensación de abandono y desamparo de Dios; Sentimiento de gran temor a no saber qué le ocurre; Entendimiento oscuro; Profundo sentimiento de sentirse pecadora y miserable.

¡Pobres seres místicos lo que tienen que padecer para llegar a su destino final! ¿Y qué pueden hacer? Ella sugería que en estos períodos de atravesar el desierto lo mejor era «entender en obras de caridad y exteriores», y esperar hasta que Dios decidiera poner el punto final a tantas calamidades, que entonces se darán todas por buenas, pero cuidado que se trata de una situación de espera no exenta tampoco de peligros, los cuales solamente desaparecerán en las séptimas moradas, es decir en el nivel más alto. Entonces me pregunto: ¿cómo es posible en este nivel que sea posible engañar a un alma tan dispuesta? ¿Es que no se acaba nunca? Pero ella insiste y dice: «He conocido a personas muy encumbradas que lo han perdido todo». Y, ¿cómo es posible hacer frente a ataques tan sutiles? La única manera será manteniendo atada, en todo momento, el alma a la voluntad de Dios.

En este sentido, resulta muy ilustrativo leer sus reflexiones sobre la estrategia que es empleada por el de-

monio para realizar sus ataques en ese alto nivel: «Viene el demonio con sutilezas grandes y, debajo de color de bien, vala desquiciando en pequeñas cosas de ella y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas y, poco a poco, va oscureciendo el entendimiento y entibiando la voluntad y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro vala apartando de la voluntad de Dios y llegando a la suya»

Desde luego resulta agotador pensar constantemente en tantas y tantas dificultades, ¿para llegar a dónde? Es lo que Teresa de Jesús trata de contar cuando reflexiona sobre las sextas y séptimas moradas. Efectivamente, una vez hecha la última advertencia, ya está en condiciones de intentar explicar el inefable mundo al que accede el místico contemplativo, que al final lo dará todo por bien pagado.

TERESA DE JESÚS LA TERAPEUTA

¡Hermanas, tranquilas que estamos cuerdas!

A modo de comienzo de este apartado, recordaré que Teresa de Jesús habla sobre sus experiencias, sobre lo que conoce, de los sucesos que habiéndole ocurrido a ella pueden ser de mucho provecho como guía para resolver dudas de sus hermanas de comunidad. Ella ha pasado por muchas e intensas pruebas a lo largo de su vida, y asume la tarea de simplificarlas lo más posible en beneficio de sus monjas. Desea evitar —aunque conoce que cada persona tiene que tener sus propias vivencias y hacer su propio camino— algunos de los quebrantos y zozobras por ella padecidos. En definitiva, afronta esta etapa terapéutica como expresión del amor a sus

hermanas y en claro cumplimiento de uno de sus principios básicos: «Actos de amor y compasión antes que devociones».

Ha pasado por tantos exámenes, revisiones y tribunales de teólogos destacados, de letrados ilustres, de eclesiásticos relevantes, que se sabe de memoria las contestaciones y argumentaciones que ha preparado para responder a sus requerimientos. De modo que, ¿por qué no hacer terapia para sus hermanas? Sin duda, ella es la más capacitada y la más preparada, y no todas esas engoladas figuras a las que falta la experimentación necesaria para entenderlas. Que cada compañera haga con sus reflexiones y sus recomendaciones lo que le dicte su entendimiento, pero contarán con referencias claras de su maestra, para distinguir verdad de mentira, claridad de confusión o certeza de engaño.

Sin embargo, a Teresa de Jesús no le gusta hacer manuales complejos, ni libros de psicología aplicada complicados. Lo que desea, más que nada, es escribir algo claro y sencillo de utilidad cotidiana, algo que comprende que será muy difícil dado el carácter íntimo y único de la unión mística, pero lo va a intentar con todo su entusiasmo. Es consciente de que se está dirigiendo a compañeras que tienen experiencias similares a las suyas y, por lo tanto, van a seguir muy bien sus reflexiones, algo que, sin embargo, puede resultar mucho más dificultoso para una persona de la calle. Hasta tal punto que cabe preguntarse si no nos estamos adentrando —los intrusos— en un territorio exclusivo para esas personas místicas, que viven una vida especial.

Y, puesto que ella tiene un potencial místico muy reconocido, es natural que se convierta en la líder de esas comunidades. Por eso, se lanza a reflexionar —en la medida en que le es posible—, sobre las diferentes formas de comunicación de Dios, sobre sus efectos y consecuencias, sobre la posibilidad de identificar su autenticidad y, además, sobre algunos peligros concretos de esa relación divina, que también los tiene. Y de nuevo resulta muy reconfortante observar cómo se repiten en ella los mensajes sencillos —pocos y claros—, y cómo se deja llevar por la vehemencia y la pasión de sus explicaciones sobre temas que ve con total claridad.

De la importancia que concede a las sextas moradas da idea el hecho de que ocupan el cuarenta por ciento del contenido total de su libro, espacio que, habiendo comprendido la intensidad de los acontecimientos místicos que ocurren en la vida cotidiana de sus hermanas, dedica de manera especial a tranquilizar sus dudas y sus temores, y a asegurarles que no están locas, muy al contrario, reafirmando que son personas muy cuerdas favorecidas, eso sí, por la gracia de experiencias totalmente excepcionales.

Cuando la obligaron las autoridades eclesiásticas a escribir sobre sus fuertes experiencias místicas: «hablas divinas, revelaciones, visiones, éxtasis, viajes espirituales, levitaciones, ímpetus, contemplaciones, acompañamientos o iluminaciones», así como acerca de sus criterios de discernimiento sobre su procedencia y su calificación, tenía muy claro que se apoyaría en un simple razonamiento general: «Si Dios nos las concede así, así

son, por muy elevada que sea la autoridad eclesiástica que intente cuestionarlo».

Por eso me sorprende de nuevo cuando pide a sus hermanas que confirmen, siempre, con un confesor o tercera persona competente todas aquellas experiencias místicas que sean relevantes, que lleven aparejado el cumplimiento de una importante acción o que impliquen a terceras personas, y que lo hagan con el ánimo de obedecer «mejores criterios y consejos». De hecho, ella misma desiste de la fundación del convento de Madrid en beneficio de Sevilla, a pesar de haber recibido un mandato —vía oración mística— de que tenía que abrir el de Madrid, pero, cuando hace la consulta al Padre Gracián, este la dice que no, que tiene que ser Sevilla, obedeciendo ella muy a su pesar. La cuestión es que el de Madrid ya nunca vio la luz.

En cualquier caso, antes de iniciar esta labor terapéutica con sus hermanas, les avisa de que queda, todavía, pasar la prueba definitiva que les permitirá formar parte de tan selecto y excepcional grupo de personas, al tiempo que hace una breve parada para describirles el modo habitual en el que se produce la llamada «de captación» hacia la experiencia mística. La describe de forma sencilla como: «impulsos delicados y suaves que proceden del interior del alma, que se interpretan claramente como una llamada divina, que no se confunden con engaños del demonio ni con antojos ni con frutos de la melancolía, que dejan el alma con pena sabrosísima, llena de deseo de estar con Su Señor».

Entonces, a partir de ahí, se lanza decidida a explicar el contenido del temario de su «programa terapéutico» que incluye: Los modos cómo habla Dios; La manera de asegurar que se trata de comunicación divina; Explicación de cómo es la oración de éxtasis; Cómo se produce el «vuelo del espíritu»; Cómo tratar el gran sentimiento de dolor y sufrimiento causado por la pena de los pecados propios y los del mundo; En qué consiste la Visión Imaginaria y la Visión Intelectual o Los peligros que los impetuosos deseos generan en el alma.

El punto de partida consistirá en aceptar el hecho de que a las personas que se introducen en la práctica de la vida mística, les ocurrirán, lógicamente, unos hechos excepcionales parecidos, todos ellos relacionados con el carácter especial de su relación directa con la divinidad. Efectivamente, si aceptamos, por ejemplo, la definición del misticismo de la RAE como buena —«doctrina o filosofía que enseña la comunicación inmediata y directa entre las personas y la divinidad»—, tal definición implica, de manera automática, la necesidad de la existencia de Dios, de modo que si Él no existe, el misticismo tampoco. Así como también de la propia definición se deduce la posibilidad real de que ese Dios se comunique con las personas místicas por medio de manifestaciones concretas específicas.

¿Y qué es lo que les ocurre realmente? ¿Qué clase de experiencias de comunicación les son comunes?

Para hablar de ello, Teresa de Jesús repasa con sus hermanas, detalladamente, los aspectos distintivos de las manifestaciones que una vida mística ofrece a sus

practicantes. Y comienza haciendo una distinción general entre aquellas manifestaciones «que se pueden contar», por haberse experimentado a la luz de los sentidos y las capacidades humanas visibles, en comparación de aquellas otras «que son imposibles de explicar», por mucho que se intente. Entre las primeras, se encuentran las Hablas Divinas, que se escuchan con los oídos físicos, las Visiones y las Apariciones, que se ven y se recuerdan e, inclusive, las Suspensiones y las Levitaciones que son directamente observables. Normalmente estos eventos suelen ocurrir cuando se permanece en estado de oración de quietud o de recogimiento, aunque no tienen reglas fijas, ya que ella misma reconoce que ha tenido manifestaciones de este tipo en medio de una actividad totalmente ordinaria.

Las segundas —aquellas que no se pueden explicar—, entran en el terreno de lo inexplicable, lo que ha ocasionado siempre una gran dificultad de comprensión para las personas observantes. Ella misma comprende y justifica que no se le entienda bien lo que no puede explicar bien, aunque reconoce, inmediatamente, que es tan cierto que no es explicable como que es verdadero, por lo que ruega que se le crea, aun comprendiendo que entraña una gran dificultad. Y es que resulta muy difícil explicar de manera lógica los Éxtasis, los Arrobamientos, las Visiones Exteriores, los Viajes Espirituales, las Revelaciones o los Acompañamientos Presenciales, por ejemplo, puesto que son experimentaciones del alma, las cuales no se realizan por medio de los sentidos y de las potencias exteriores.

¿Cómo explicarlo? Realmente es imposible.

Es por ello que su preocupación se centra en distinguir el origen de tales manifestaciones, más que en el hecho de poder darles una explicación coherente, aunque no deje de intentarlo, focalizando su esfuerzo en identificar cuáles de ellas —las manifestaciones— son de procedencia divina, cuáles tienen su origen en el demonio y, por último, cuáles son las que tienen su causa en la flaqueza y la condición humana.

En realidad, las procedentes del demonio —en contra de lo que se podría pensar— no le preocupan demasiado, ya que los efectos de tales manifestaciones divinas son tan fantásticos que en el demonio no tienen cabida, ni posibilidad alguna. Otra cosa es que el demonio pueda intervenir para que un ser místico haga una mala gestión de esas formas de comunicación milagrosas y excepcionales, lo que generalmente ocurrirá cuando se desarrolla la soberbia de creer que son personas superiores por ello, o bien al conseguir que se desvíen del verdadero trabajo que tienen que seguir haciendo, cuando se centran casi exclusivamente en las grandes experiencias, pero olvidan el día a día. De modo que ella siempre seguirá haciendo la misma recomendación a sus hermanas para hacer el camino: «humildad y crecimiento en las virtudes».

Lo que de verdad preocupa a Teresa de Jesús es que las hermanas se confundan y se dejen engañar en sus prácticas por sus sentidos y por sus deseos, es decir por su condición personal humana. En particular hace referencia a una serie de situaciones típicas sobre las que deben estar alerta, como son: las personas de imaginación calenturienta —«las flacas e imaginativas»—, las

ávidas y ansiosas de experiencias, las que guardan muchos deseos y antojos de que les ocurra algo excepcional, las extremadamente lloronas, melancólicas y ultrasensibles —«las lágrimas que se hace diligencia para traerlas»— y las autoengañadas. Pero incluso en estos casos, no le preocupa que su procedencia sea demoníaca, puesto que ve claramente que son causadas por una condición personal específica humana sobre la que hay que estar alerta.

Por eso, normalmente aconseja que se haga una especie de cuarentena con los fenómenos y las manifestaciones místicas —sobre todo en los comienzos—, para observar si se repiten y, siempre que se pueda, que sean expuestas con el máximo detalle posible a sus confesores y a sus prioras, para su propio beneficio. De esa manera, no hace sino demostrar una vez más que, a pesar de su misticismo, ella mantiene siempre los pies muy bien plantados en el mundo terrenal.

Lo que está muy claro para ella —puesto que lo ha experimentado personalmente— es que, esas manifestaciones místicas que se sienten en el interior del alma, pero que tan imposibles resultan de explicar para su comprensión, mantienen afortunadamente en común una serie de características repetitivas, que configuran una especie de test de autenticidad que posibilita, claramente, la identificación de su procedencia. En ese sentido, Teresa de Jesús no se cansa de describir a sus hermanas cómo son esas características particulares, para ayudarlas a identificar cuando sus prácticas son en verdad de comunicación y procedencia divina o cuando son un engaño de sus sentidos.

Por ejemplo:

Por medio de estas comunicaciones divinas se obtiene acceso a secretos o verdades o conocimientos, sobre cuestiones no terrenales de carácter elevado. Normalmente las prácticas místicas facilitan el acceso al conocimiento y al entendimiento, de manera súbita, y se transmite, las más de las veces, por medio de la revelación.

Suele ser habitual, también, la percepción de un intenso temor —sobre todo en las primeras experiencias— ante lo que se está viviendo, pues es tal la dimensión y la grandeza de la experiencia que provoca una gran angustia y agitación. Este temor, con el tiempo, evoluciona hacia un intenso miedo a perder el contacto divino y volver a ofender a Dios.

Se produce un gran deseo de morir, para vivir con Su Majestad para siempre, deseo que no se corresponde con una tentación de tipo suicida, sino que obedece al anhelo íntimo de finalizar cuanto antes «el viaje terrenal». Habiendo gozado de la presencia consciente de Dios, aunque sea fugazmente, se ansía repetirla.

Se sufre, asimismo, un inmenso dolor por todo lo que en el mundo se ofende a Dios, dolor que tiene su origen en la consideración de la tremenda injusticia que supone la ignorancia de su sacrificio por toda la humanidad. También se acrecienta hasta lo indecible el temor por ofenderle una sola vez más, lo que no se soporta.

Algo que es común en todas estas experiencias es el desarrollo de un profundo estado de auto-miseria, de in-

fravaloración, que hace sentirse a la persona mística como una partícula de polvo en el Universo, sin mérito alguno para merecer lo que está recibiendo, reconociendo en lo más íntimo que es objeto de un regalo divino inmerecido. Esta sensación conlleva un gran alejamiento de los intereses materiales y terrenales del mundo —«que parecen basura»—.

Se crea sobre el origen divino de la experiencia un sentimiento interno de absoluta certeza carente de toda duda, ya que los efectos de esas manifestaciones quedan guardados en la memoria integral del ente cuerpo-alma con tal fuerza y transparencia que acompañan con al ser místico en cuanto cierra los ojos —y sin cerrarlos—.

En la persona mística que tiene estas experiencias conviven dos sensaciones en apariencia contradictorias. Por un lado, una gran sensación de calma, serenidad, gozo y tranquilidad recibida con la experiencia, pero por otro una gran sensación de espanto, desconcierto e inquietud por la magnitud de lo que apenas ha vislumbrado.

Se desarrolla, también, un estado de sufrimiento muy profundo por causa de los pecados cometidos en el pasado, que, aunque se sabe que están perdonados, producen gran dolor por el solo hecho de haber ofendido a tan grandioso Señor.

Como resultado de esas experiencias de comunicación divinas, se desarrollan unos deseos muy concretos y reiterados que, en propias palabras de Teresa de Jesús, son identificados cómo: «Deseo de alabar al Señor; Deseo de morir por Él mil muertes; Deseos de padecer por Él grandes tribulaciones; Unos deseos de penitencia

grandísimos; Deseos de soledad para poder estar con Él; Deseos de apartarse de contentos y conversaciones terrenales; Deseos de que todos conozcan a Dios; Deseos de morir; Deseos de compensar todas las ofensas que le hacen».

Con todo ese conjunto de pistas tan claras y definidas resultará relativamente sencillo, para un ser místico, identificar si lo que se está experimentando tiene procedencia divina —o no—, admitiendo, en cualquier caso, la enorme dificultad práctica que experimentará para poner palabras a experiencias tan íntimas y personales, como para que otras personas las comprendan. Eso ya es otra cosa.

Finalmente, Teresa de Jesús no quiere dejar pasar las sextas moradas sin realizar dos advertencias muy importantes a sus hermanas. En la primera, les dice que bien está eso de centrarse en las comunicaciones divinas y en sus maravillosos efectos, pero que espera que no caigan en un error que se comete con frecuencia —ella misma reconoce que cayó en él hasta que fue despertada en la oración—, de desear centrarse, casi exclusivamente, en esas «experiencias superiores». Este error estaba favorecido, además, por una corriente teológica de su tiempo que «recomendaba» que, una vez metida la persona en el estado contemplativo, debía centrarse, con todas sus potencias, en la experimentación de la divinidad para progresar.

Sin embargo, ella se opone a esa idea con todas sus fuerzas. Comprendió, después de su equivocación, que el verdadero camino para acceder al Padre es por medio

de su hijo Jesucristo, y que no puede el ser místico dejar de ocuparse, prioritariamente, de los misterios de la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo pues, en caso de hacerlo así, simplemente, se quedará fuera sin poder acceder a las moradas finales. Y lo tiene tan claro que recomienda a sus hermanas que sean firmes en rechazar «a los que digan otra cosa», por muy autoridades eclesiásticas que sean. Es decir, que se declara totalmente «Jesuscristianista», recordándoles el evangelio de Juan, cuando Jesús dice taxativamente: «Yo soy el camino y la verdad de la vida. Nadie va al Padre sino por mí».

En la segunda advertencia, les previene «contra aquellos deseos tan grandes de Dios que ponen en peligro hasta la propia vida». Ocurre que, según se van fortaleciendo las experiencias místicas, se acrecienta tanto el deseo de disfrutar de Jesucristo y se sufre un dolor tan intenso, causado por la sensación de ausencia del ser amado, que, si no se tiene cuidado, queda el cuerpo físico en un estado tan lamentable que puede incluso poner en peligro la vida, si la experiencia dura un tiempo prolongado o es de gran intensidad. Ese dolor, que se experimenta con las potencias interiores y con el alma, le hizo entender muy bien a ella cómo sería el dolor que se experimenta en el Purgatorio, y que no es físico. Pero también reconoce que esa purificación dolorosa es totalmente necesaria para adentrarse en las Séptimas Moradas, mostrando incluso su sorpresa acerca de que se pudiera morir tanto por exceso de dolor como por exceso de gozo y deleite. Se comprende ahora muy bien

por qué recomendaba mucho ánimo a las hermanas para transitar por las Sextas Moradas.

Entonces, ¿qué interés tiene, para los seres que habitamos muy en el extrarradio de esa forma de vivir, escuchar a Teresa de Jesús reflexionar sobre sus experiencias místicas? ¿Qué importancia pueden tener para nosotros escuchar sobre esas espontáneas comunicaciones tan sobrenaturales que mantiene Su Majestad Dios con seres tan privilegiados?

Es, precisamente, la posibilidad de acceder y asistir, como observadores de primera mano, a un conjunto de experiencias tan increíbles y tan difíciles de alcanzar fuera de ese mundo, lo que lo hace tan irresistible e interesante; Aparte de todo lo que se puede averiguar y aprender sobre el uso de capacidades y recursos del alma y del cuerpo tan espectaculares, y poco corrientes, que causan verdadero asombro; Sin olvidar, que esas situaciones tan excepcionales nos colocan al límite de la credibilidad y la razón, desafiando de esa manera nuestra forma de vida materialista, potenciando y poniendo a prueba nuestra propia capacidad espiritual; Y no digamos lo que puede significar para ayudar al replanteamiento de la comprensión de la propia existencia de Dios, reavivando una creencia que puede vivir latente en el interior del ser humano como rescoldo que se resiste a ser apagado —no se sabe muy bien muchas veces por qué—, existencia corroborada por personas que han tenido la opción de vivirla realmente. Bien está que no seamos demasiado expertos en aprender de historias ajenas, pero en este caso creo que nos puede resultar

bastante más interesante de lo que pensamos escuchar de primera mano el relato de sus experiencias.

RECORRIENDO LA ÚLTIMA ETAPA DEL VIAJE

Siento una gran curiosidad por llegar a las últimas moradas —las séptimas— y ver lo que nos tiene preparado Teresa de Jesús. Se supone que es ahora cuando va a descubrir todo el misterio y el secreto de la experiencia mística, generando una gran expectación para ver hasta dónde ha llegado en su camino. Ella misma explica que si creíamos que estaba ya casi todo dicho, pues estábamos equivocados, y que ahora viene lo definitivo. Por eso, máxima atención y concentración a su discurso en esta última parte, para no perder ni una sola de sus palabras. La experiencia se acerca a su final, y por delante cuatro capítulos para recorrer despacio, tratando de escuchar sus mensajes con mente abierta.

Y como primera acción, dar la bienvenida a la ansiada y definitiva paz. Por fin ya se han superado todas las dificultades y se produce la fusión de los espíritus, entre Dios y Alma, y ya nada los va a separar. Ella misma lo reconoce así: «En metiendo El Señor el alma en esta morada suya, que es el centro del Alma, ya nada le quita la paz». Atrás ha quedado la unión espiritual de las moradas anteriores, siempre amenazada de una posible separación, transformándose en un matrimonio espiritual indisoluble. En sus palabras: «las aguas ya se han mezclado y forman algo único inseparable».

Para llegar a este estado de paz y de seguridad, se han tenido que pasar un sinfín de trabajos —dificultades— interiores y exteriores, que a lo largo del

camino forman parte de las pruebas de admisión para acceder a esta morada final, aunque todavía en las séptimas moradas se están produciendo acontecimientos finales muy importantes. En primer lugar, se le concede al alma el regalo específico y concreto de: «entender con grandísima claridad y verdad, que la Santísima Trinidad son tres personas, una sustancia, un poder, un saber y un solo Dios, y lo que se tenía por fe pasa a ser visto por entendimiento del alma». De modo que el pilar esencial del Cristianismo —y seguramente una de las cuestiones más difíciles de entender y aceptar para el intelecto humano— es contemplado, por visión intelectual, es decir, por medio de una inexplicable sensación interna de certeza incuestionable, que no está basada en potencias ni capacidades naturales. Como resultado de esta visión, le queda al alma un inmenso deseo de servir a Dios en todo lo humanamente posible.

En segundo lugar, esta visión de la Santísima Trinidad, le conduce al alma a su vez a una nueva visión de la Sacratísima Humanidad de Jesucristo, pero no cómo se había producido en moradas anteriores, sino con el entendimiento y la claridad de ver cómo aparece El Señor en el centro del alma, para tomar de la mano al ser espiritual recién llegado y acompañarle ya de manera permanente para el resto de su vida, de modo que cesan los movimientos que perturban el alma y queda la paz. Por supuesto que en esta última morada hay tiempo, también, para la guerra, los trabajos y las fatigas, más son de tal manera que ya no alteran el estado de paz del alma. Es el gran regalo de la paz y de la seguridad que se recibe como anticipo de la gloria posterior.

En tercer lugar, se ven con mucha claridad los efectos finales y definitivos de esta nueva situación. Después de tan largo viaje, el ser místico, se merece un final y una llegada apoteósica, algo así como la gran traca final después de una brillante colección de fuegos artificiales o el vibrante movimiento que da cierre a un concierto memorable. Pero, aunque incluso el final de esta obra supera a cualquier otra en magnificencia y esplendor, se da la circunstancia de que ocurre en un entorno tan íntimo e interior —en lo más profundo del ser humano—, que, salvo para él, pasa desapercibido. De modo que los efectos por alcanzar tal grado de unión, tal y como los describe Teresa de Jesús, son patrimonio exclusivo del ser místico.

Y entre esos efectos se distinguen: El olvido total y definitivo del sí mismo, para mirar solamente por las cosas de su Señor; El deseo grande de padecer adaptado ahora a la voluntad de Dios; El gozo interior que producen incluso las situaciones en las que una persona es objeto de persecución, para poder imitar así los sufrimientos padecidos por Su Señor; El deseo de vivir muchos años, para alargar en todo lo posible la posibilidad de servirle y alabarle; El no temer en nada a la muerte, la cual sobrevendrá como un suave arrobamiento; En estas moradas, como señal inequívoca de esa unión tan completa y total con el espíritu de Dios, en el ser místico ya no tienen lugar las manifestaciones como los éxtasis, las visiones, los viajes, las contemplaciones, las hablas, etcétera, puesto que se vive permanentemente con Él en el centro del alma. De acuerdo que muchas de estas cosas ya las ha explicado en otras moradas, pero la gran

diferencia con respecto a aquellas consiste en que ahora se viven en la seguridad de que ese estado ya no se perderá nunca.

En cuarto lugar, y casi como despedida final hacia sus hermanas, Teresa de Jesús desvela lo que Su Majestad les pide a cambio de esas mercedes tan increíbles, y que no es otra cosa que la unión de la contemplación y de la acción. El objetivo del viaje ha sido: «fortalecer nuestra flaqueza para poder imitarle en el mucho padecer», mediante el olvido del sí mismo y la dedicación por medio de las obras de amor a las otras almas, muy en especial, trabajando en el entorno que una vida conventual permite, aceptando que aunque en la vida retirada no se tiene acceso a grandes servicios activos y directos de apostolado en el mundo exterior —lo que ella llama «cosas imposibles»—, existen muchas acciones cercanas en la vida diaria en comunidad, que son las verdaderamente accesibles, y cuyos efectos traspasan en su efectividad los muros de los conventos.

BUENO, ¿Y AL FINAL QUÉ?

Caramba, es una buena pregunta.

Las personas que hemos tenido la suerte de hacer El Camino de Santiago, hemos experimentado en propias carnes la fórmula mágica que emplea El Camino para seducir y atrapar el «peregrino caminante», cuyos ingredientes son: Solidaridad; Compañerismo; Fatiga física; Introspección; Aquietamiento; Contacto con la naturaleza; Desprendimiento; Conocimiento del destino; Fuerza de Voluntad; Austeridad; Capacidad de Sacrificio y Un buen calzado. La aplicación de esa fórmula lo

convierte en una experiencia que tiene muchos componentes místicos, sobre todo cuando, pasito a pasito, se recorre tan gran distancia en la soledad del «uno mismo», dando tiempo a realizar, paralelamente al camino geográfico, un camino de profunda introspección espiritual y de contacto con el ser interior.

El Camino de Santiago es prueba evidente de que se puede lograr un escenario de convivencia increíble entre las personas, mientras que la vida ordinaria —sobre todo actualmente— es también la prueba evidente de que los resultados de vivir socialmente de espaldas a todos esos valores del peregrinaje —tan acordes con la ley natural—, generan una verdadera catástrofe. No es de extrañar, por tanto, que al finalizar El Camino se sienta la gran tristeza de saber que «aquello se ha acabado» y vuelve «lo otro».

Tal vez las sensaciones al leer *Las Moradas* o *El Castillo Interior* de Teresa de Jesús contengan algunos componentes parecidos. Se descubre, por una parte, un proceso contemplativo de evolución personal muy transformador, pero se comprende, por otra, que en la vida cotidiana normal no es un modelo de sencilla y clara aplicación, lo que deja un poso de profunda inquietud. Y, como para los seres humanos es fundamental saber que obtienen utilidades concretas en compensación del esfuerzo realizado —evitando así la inhóspita sensación de que han perdido el tiempo—, desde que terminé el apartado anterior, he pasado cerca de dos meses reflexionando y tratando de encontrar esas utilidades proporcionadas por las lecturas teresianas, cuando me-

nos para mí, pero con la secreta confianza de que también puedan servir de utilidad para alguien más.

La manera de facilitar esas reflexiones ha sido plantearme una sencilla pregunta: ¿qué voy a cambiar en mi vida, a partir de ahora, como resultado de haber profundizado en sus enseñanzas? Estoy convencido de que, si he aprendido algo importante, eso debería impulsar cambios concretos en lo cotidiano, como señal de reconocimiento y aceptación del valor de lo aprendido. De modo que me puse a pensar sobre el impacto que sus enseñanzas me habían causado, con el enfoque y la visión puesta en las variaciones positivas que su aplicación podía proporcionar a mi vida espiritual.

Relacionado con esto, recuerdo que en una ocasión mantuve una discusión acalorada con un religioso que consideraba que hacerse preguntas básicas sobre Jesucristo era una clara señal de inmadurez espiritual. Por favor, ¿cómo se podían cuestionar cosas tan básicas como: que Jesucristo era Dios e Hijo de Dios, que vino a redimir a la humanidad de las consecuencias del pecado original cometido por «los primeros padres», que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, que no tuvo otra alternativa que la de morir de una manera tan cruenta y violenta en la cruz, que después de morir ascendió a los cielos y que permanece allí a la diestra del Padre? Yo defendía que era posible entender la vida espiritual como la práctica y la vivencia de la presencia divina en el interior de la propia persona —por medio de la oración, de la meditación y de la práctica de las virtudes— sin necesidad de la Iglesia, al mismo tiempo que era fundamental comprender el mensaje de Jesucristo

bajo el enfoque de «Maestro de Sabiduría», en lugar de «Señor de la Salvación», mirando para ello su vida y sus enseñanzas con ojos nuevos, y sin modelos preestablecidos. Eso significaba observar su vida y sus manifestaciones: las parábolas, los sermones, los milagros, sus acciones, sus conversaciones y sus mensajes, tratando de aprender a la luz de sus nuevas enseñanzas el significado y el contenido auténtico del Reino de los Cielos.

Y, mientras recordaba todo esto, me fueron aflorando las remodelaciones y los cambios que deseaba poner en marcha como resultado de mi trabajo con Teresa de Jesús. Estos cambios se afianzan en las lecciones aprendidas e intentan imitar, sobre todo, su costumbre de ser sencilla, directa y de centrarse en pocos aspectos, pero fundamentales, para no «distraerse». De modo que seleccioné seis áreas en las cuales pienso introducir modificaciones en mi vida cotidiana: Una: Descubrir a Jesucristo como Maestro de Sabiduría; Dos: Renovar y fortalecer mis prácticas espirituales interiores; Tres: Experimentar la vida bajo la práctica de valores superiores; Cuatro: Priorizar las acciones espirituales sencillas en mi entorno cercano y accesible; Cinco: Mantener y consolidar mi «desobediencia activa» como estrategia; Seis: Trabajar para calmar mi ira y mi indignación.

Descubrir al Jesucristo «Maestro de Sabiduría»:

Animado por la defensa tan apasionada que hace Teresa de Jesús de la figura de Jesucristo, como eslabón inevitable para el acceso al Dios Padre, voy a profundizar en sus enseñanzas concediendo prioridad a su conoci-

miento como Maestro de Sabiduría, mediante dos prácticas concretas.

Por una parte la dedicación de una hora diaria —como jubilado tengo mucho tiempo disponible— a una Lectura Reflexiva de los Evangelios, en especial el de Juan, el de Maria Magdalena y del Tomás, aunque este último se corresponde más bien con un conjunto de 114 dichos secretos de Jesús —también llamados «logiones»—, y que no están incluidos entre los evangelios oficiales.

Por otra parte, la aplicación de una hora diaria a la práctica de la Lectio Divina, técnica que aplicaré a textos seleccionados de entre sus parábolas, sermones, milagros o mensajes. La Lectio Divina contiene cuatro etapas que son: Lectura meticulosa de un texto; Reflexión profunda sobre el mismo; Oración activa sobre su contenido y por último Contemplación meditativa global. Se trata de una técnica muy apropiada para la interiorización de textos sagrados.

En cualquier caso, acompañaré estas dos prácticas con un detenido análisis de los efectos y resultados de la experimentación, para modificar y corregir el enfoque cuando sea oportuno.

Renovar y fortalecer mis prácticas interiores:

Habiendo observado que las prácticas de meditación que he llevado a cabo durante mucho tiempo en mi vida estaban bien orientadas hacia la búsqueda y el contacto íntimo con la propia divinidad, pero viendo también que puedo potenciar y focalizar mi manera de hacer la meditación, he decidido renovarme mediante la práctica de

la Meditación Centrante contemplativa de Thomas Keating, al mismo tiempo que voy a intensificar la aplicación haciendo dos meditaciones de veinte o treinta minutos diariamente, una por la mañana y otra al atardecer.

La Meditación u Oración Centrante Contemplativa es muy similar a la que yo practico habitualmente, aunque dirigiendo el enfoque hacia la intención de apertura a la presencia de Dios en el interior, en lugar de mantener el enfoque en la atención consciente de la respiración, como modelo para suspender la actividad mental. No creo que tal cambio suponga una dificultad para mí, ni tampoco la intensidad —dos meditaciones diarias—, dado que estoy bastante acostumbrado a practicar la quietud, que tan recomendada era por parte de Teresa de Jesús en su oración de recogimiento. Por supuesto, como en el apartado anterior, en todo momento revisando el resultado de la experiencia para introducir las modificaciones oportunas, si es que tengo que hacerlas.

Para entender bien las prácticas hasta ahora descritas, y profundizar más sobre el contenido y el desarrollo de la Meditación Centrante o de la Lectio Divina, recomiendo acudir a la página web que el propio padre Thomas Keating —monje americano de la orden cisterciense ya fallecido— tiene en Internet:

www.extensioncontemplativainternacional.org

Experimentar la vida bajo valores superiores:

No me cabe duda de que vivir la vida bajo el dictado de los Principios Espirituales es una forma de asegurar

que los actos cotidianos estarán enfocados en la aplicación de valores superiores como la bondad, la justicia, la equidad, la verdad, el respeto, la compasión, el amor incondicional, la paz y muchos otros más.

Una manera de mantener la lámpara interior encendida es la práctica de las Lecturas relacionadas con temas de crecimiento espiritual, de modo que mi intención es potenciar este tipo de lecturas. Normalmente acostumbro a tener un par de libros «abiertos» que voy leyendo simultáneamente, y lo cierto es que cada vez me interesa más este tipo de temas espirituales, más que otro tipo de lecturas, por lo que entiendo que este objetivo me resultará sencillo de cumplir.

Más complicado me parece que en la práctica cotidiana consiga vivir habitualmente bajo la batuta de los valores superiores, pero también estoy convencido de que la sincronización de las acciones hasta ahora sugeridas—Lectio Divina; Lecturas Reflexivas Espirituales; Oración Centrante; Meditación Contemplativa o Lecturas Seleccionadas— me pueden facilitar el acceso a un nivel de consciencia superior que me ayudará en los pequeños actos cotidianos, logrando instalar esa forma de vivir en el día a día.

Sin olvidar, como siempre, la infalible fórmula teresiana para asegurar el éxito: «el amor al prójimo como a uno mismo», la cual conducirá inevitablemente al encuentro interior del Dios Divino, común a todas las religiones, como Ser Superior Universal, con independencia de acceder a su conocimiento siguiendo las enseñanzas de Jesucristo, Mahoma, Buda, Shiva o los Vedas.

Priorizar acciones sencillas en mi entorno:

En la misma línea que el apartado anterior, he de reconocer que el énfasis que hace Teresa de Jesús para poner la atención y la intención en las pequeñas cosas que tenemos a mano —lo que ella denomina «cosas posibles»—, y que forman el entorno habitual en el que nos movemos, es esencial para entender la vida contemplativa «civil». Puesto que estoy totalmente de acuerdo con ello, pondré especial interés en aumentar mi eficiencia emocional en todo ese conjunto de pequeños detalles cuyo destino es conseguir que los que viven en mi ámbito de influencia se sientan mejor y más a gusto. En ocasiones nos empeñamos en alcanzar «cotas altas de santidad» en asuntos que consideramos muy importantes, pero nos olvidamos que somos un poco bordes con las personas que comparten nuestra vida diaria.

Para tener éxito y alcanzar la naturalidad en la forma de relacionarnos positivamente con el entorno personal es importante mantener un alto nivel de equilibrio interior personal, lo que se entrena perfectamente con el ejercicio de las prácticas ya comentadas. De esa manera, se produce un estado de atención especial a los detalles del entorno, los cuales se resuelven de manera positiva y asertiva.

Mantener y consolidar mi desobediencia activa:

Creo haber reconocido a lo largo de estas páginas el gran aprecio e inspiración que me ha producido observar la facilidad y el desparpajo con los que Teresa de Jesús ha sabido estructurar y manifestar una desobediencia activa firme e imperturbable respecto de cues-

tiones esenciales con las que se encontraba en clara disconformidad. Me explico.

Los tiempos actuales no son fáciles para una persona que tenga desarrollado un alto nivel de consciencia, ya que le requiere de una toma de posición permanente frente a las arbitrariedades frecuentes que el poder formalmente establecido está aplicando en la gestión común social.

Desafortunadamente esta situación está siendo experimentada por una parte de la población global muy minoritaria, a la que se pretende declarar socialmente «en rebeldía», y en cierto modo es y será objeto de persecución a causa de su posicionamiento. He dado bastantes vueltas a las posibles razones que expliquen por qué esa parte de la población sea tan pequeña, y creo que se explica por la existencia de un nivel de consciencia individual general bastante pobre y adormecido, además de por la no aceptación del riesgo que supone rechazar abiertamente —por medio de la desobediencia activa— las medidas concretas con las que se está en profundo desacuerdo, lo que conlleva severas consecuencias.

Por supuesto que no es un escenario novedoso en la historia de la humanidad, la cual está plagada de ejemplos de lucha entre el poder establecido mayoritario y las minorías disidentes a las que se ha intentado silenciar y desprestigiar, como lo fue también en el tiempo de Teresa de Jesús. Es posible que la situación actual sea algo más penosa por el exagerado poder que cualquier gobierno acumula entre sus manos, lo que hace mucho más difícil cualquier tipo de resistencia.

Por las razones que sean, formo parte de esa minoría disidente y reaccionaria, lo que me ha estado provocando una cierta sensación interior desapacible y tensa —como de bicho un poco raro—, la cual se ha visto aliviada al observar la capacidad de lucha y de no aceptación manifestada por Teresa de Jesús, animando a la desobediencia activa como respuesta personal comprometida frente a una situación de poder opresora y equivocada. En este sentido, me gustaría hacer también míos aquellos calificativos que le dedicó el nuncio papal en España en 1578 de: «inquieta, andariega, desobediente y contumaz», para continuar haciendo sobre la marcha todas aquellas acciones individuales que considere adecuadas en cada momento. Y con frecuencia, para alimentar mis principios, volveré a leer algunos de sus pensamientos, como: «A mi no hacen confesar que es buen camino. No creáis a quien os dijese otra cosa. Yo no sé «esosotros» sentidos. Con este que siente siempre mi alma ser verdad, me ha ido muy bien».

Trabajar para calmar mi ira y mi indignación:

En ningún momento al leer las enseñanzas de Teresa de Jesús he visto escritas palabras como ira o indignación, ni tan siquiera enfado, pese a las incontables persecuciones y situaciones comprometidas a las que tuvo que hacer frente. No solamente eso, sino que además consideraba todos los ataques que recibía como oportunidades para asemejarse más a su Señor Jesucristo en la capacidad para sufrir, llegando a agradecer de corazón a aquellos que la ofendían y la perseguían por brindarle todas esas posibilidades, y a los que, por tanto, no tenía que perdonar nada, sino todo lo contrario.

Personalmente, tengo que reconocer que por el momento suspendo esta asignatura del perdón teresiano, y tendré que trabajar mucho para calmar la ira y la indignación que me producen las actuales maniobras totalitarias mundiales de sometimiento de la población. Y no es tanto por mí, puesto que a mis setenta y seis años he vivido lo más importante —creo—, además de que me encuentro libre de ataduras materiales, sino sobre todo por las generaciones posteriores, sintiendo mucha pena por el mundo que les estamos preparando.

El nivel de maldad, de hipocresía, de cinismo, de corrupción y de perversión está alcanzando cotas sin precedentes —y eso que la historia del mundo ha dejado buena muestra de ejemplos en el tiempo—, pero actualmente está generando actos tan continuados de agresión social y humana que la ira y la indignación se ven alimentadas de manera continuada todos los días, dificultando mucho la posibilidad de trabajar con tanta rabia acumulada.

Destaca, entre tanta maldad, el desarrollo de una capacidad organizada y estructurada de intimidación y de coacción como nunca ha existido, que acrecienta la impotencia de muchísimas personas que tienen que aceptar un nivel de sometimiento extremo por miedo a perder las cosas más elementales para sí y sus familias.

Reconozco que es importante para mi vida espiritual gestionar mi ira y mi indignación de mejor manera, pero igualmente reconozco que, efectivamente, lo voy a tener difícil y siento no poder perdonar, cuando menos por ahora, a quienes están haciendo tanto daño. Con

frecuencia suelo pensar que soy demasiado duro e intransigente, razón por la cual sentí una gran afinidad con Teresa de Jesús, cuando hablando sobre las capacidades emocionales decía: «porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio que algunas veces me da pena». Espero que con el tiempo, las prácticas espirituales que estoy activando me ayuden a llevar mejor este tema.

EPÍLOGO

Ocurre que, por causa de la acumulación de las transgresiones de la ley natural hechas a lo largo de la vida, especialmente respecto del principio sagrado de amar al prójimo como a sí mismo, el ser humano siente que su morada está sucia y descuidada y piensa, lógicamente, que en esas condiciones Dios no deseará ni entrar ni quedarse en ella. Sabedora el alma noble de haber obrado mal, reacciona tratando de recomponer y restituir en lo posible el daño causado por sus malos actos, mediante el ejercicio de acciones de compensación y restitución, directas e indirectas, confiando en alcanzar el perdón —especialmente de las personas ofendidas—, siendo muy importante tener una clara conciencia de que ese perdón le ha sido otorgado, lo que sosegará en gran medida su espíritu y su alma.

Pero no nos engañemos. El expediente histórico personal no puede ser limpiado, en el no caben tachones ni se borran las anotaciones negativas y, como mucho, junto a ellas puede aparecer un aliviador sello de «compensadas» o «restauradas», pero no desaparecen nunca. Y es bueno que así sea, ya que al quedar como permanen-

te recuerdo de que el ser humano es imperfecto hasta la médula, y de que tiene una fuerte condición innata hacia la perversión y la maldad, sabe que tiene que permanecer siempre en guardia contra esas inclinaciones naturales. Entonces, «a imagen y semejanza de Dios» puede resultar una condición de difícil comprensión, cuando se está contemplando esa capacidad instintiva del hombre para cometer actos desafiantes del orden natural —en múltiples aspectos—, de modo que no le queda más remedio que consolidar esa situación recomendada de permanente guardia, para no caer en actos indignos.

En esas circunstancias: ¿cómo adecentar esa morada personal para hacerla de nuevo apetecible a la entrada de Dios? ¿Qué acciones poner en marcha para limpiar todo ese polvo y liberar el dolor que acompaña al remordimiento?

Por encima de todas las cosas, confiar. Confiar en el apoyo de las fuerzas interiores del bien —que son tan importantes o más que las propias del mal—, y que propiciarán los actos de amor y de sacrificio necesarios —allá donde haga falta—, con capacidad para sanar y restituir los desequilibrios interiores y devolver la paz.

En ese sentido, las enseñanzas propuestas por Teresa de Jesús van siempre en esta dirección salvadora y, gracias a su persistencia, encontré al final la perla que andaba buscando, lo que bien podía justificar mi fuerte impulso hacia el conocimiento de su vida y de sus enseñanzas. De modo que esa perla me gustaría que fuera mi compañera, desde ahora hasta cuando, como ella dijo

en su último momento con gran sencillez: «no vaya a respirar más». En definitiva, después de tan extenso viaje, esta es finalmente la perla buscada y felizmente encontrada:

«amar mucho es la única regla»

«amar mucho es la única regla»

«amar mucho es la única regla»

Retrato pintado por Fray Juan de la Miseria
Monasterio de Carmelitas Descalzas de Sevilla

